



CUARTILLAS DE UN ESCOLAR, CORREGIDAS POR SU MAESTRO

LAS MEMORIAS DE PEPITO

OBRA ARREGLADA

— POR —

D. Ezequiel Solana



MADRID

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

Calle de Quevedo, 7.

DG

COM

+ 1241313

LAS MEMORIAS DE PEPITO

CUARTILLAS DE UN JOVEN ESCOLAR
CORREGIDAS POR SU MAESTRO

OBRA ARREGLADA

POR

D. EZEQUIEL SOLANA

MAESTRO DIRECTOR DE UNA ESCUELA PÚBLICA DE MADRID



MADRID
EL MAGISTERIO ESPAÑOL
Calle de Quevedo, 7.

ES PROPIEDAD

CUARTA EDICION

Imp. de El Magisterio Español.—Calle de Quevedo, 7.

R. 151657

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El distinguido escritor belga M. Louis Ranneux (Jean Louis) publicó en 1903, con el título de *L'Hôte Maudit*, un manual muy recomendable, haciendo notar en él, mediante la interesante historia de un obrero, los desastrosos efectos del alcohol en el individuo y en la familia.

Esta preciosa obrita nos ha servido de base para componer la que con el título de las MEMORIAS DE PEPEO ofrecemos a nuestros lectores. Nuestro trabajo se ha reducido a adaptarla a nuestras costumbres, extractándola en unas partes y ampliándola en otras, para que responda mejor, por el fondo y por la forma, al objeto que nos proponemos. Este objeto no es otro que hacer aborrecible desde la edad escolar el abuso del alcohol, por los funestos efectos que produce.



LIBROS DE LECTURA DEL MISMO AUTOR

PUBLICADOS POR

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

	PRECIO	
	Ejemplar.	Docena.
Primeras lecturas.	1,00	9,60
Lecturas infantiles.	0,75	7,20
Lecturas de oro.	1,00	9,60
Alboradas.	1,00	9,60
Recitaciones escolares. . . .	1,25	12,00
Las Memorias de Pepito. . . .	1,00	9,60
Reglas de Urbanidad.	1,00	9,60
Vida y Fortuna.	1,25	12,00

POR VÍA DE PRÓLOGO

Una tarde, después de salir los niños de la escuela, me encontraba en el salón de clase recogiendo los libros de lectura y poniendo en orden las notas del día, cuando me anunciaron la visita de un antiguo discípulo.

Era Pepito.

Cuando le vi entrar salí a su encuentro y le estreché en mis brazos. Pepito había sido siempre uno de mis discípulos predilectos por su aplicación y por sus bondades; mas como había ido a vivir a un pueblo algo apartado no le había visto en mucho tiempo.

Después que nos hubimos sentado en la plataforma, Pepito sacó un legajo del bolsillo y me habló así:

—Cuando yo era niño, y me sentaba en esos bancos, recibí de usted útiles enseñanzas y muy sabios consejos, que me han servido de norte en las dificultades de la vida. Yo no sabré nunca agradecer bastante los beneficios que a usted le debo. Por eso, siempre que tengo ocasión, ya que no puedo de otro modo, vengo, con mis visitas, a testimoniarte mi cariño.

—Y tu maestro—le dije—recibe en esas visitas tanto gusto, que no sabrá decirte si te queda más agradecido que obligado, o más obligado que agra-

decido. Conque a ver si no te me vendes tan caro y las frecuentes.

—Hoy, sin embargo—añadió Pepito—, mi visita tiene un doble objeto. Vengo a verle ; pero vengo también a entregarle un trabajo que me encargó hace doce años. Como quien dice ayer tarde.

—Y, por ventura, ¿quieres que te lo corrija?

—Ese ha sido el principal objeto de mi viaje.



... y aquí lo traigo.

Nos comprometimos en aquel tiempo varios compañeros a reunir en cuadernos nuestro diario, o las Memorias de la escuela, de la familia, de la ciudad y de la nación. Todos mis compañeros cumplieron como buenos: todos menos yo, que por circunstancias especiales no pude llenar mi cometido. Pero han pasado doce años, he concluído

mi trabajo y aquí lo traigo. Léamelo con atención y corríjalo despacio, como si yo fuera todavía un niño de la escuela.

Me hizo gracia la ocurrencia ; mas no di importancia al manuscrito, y lo dejé sobre la mesa.

Entonces comenzamos a charlar como dos buenos amigos de las cosas de la escuela en el tiempo en que la frecuentaba Pepito, de los niños que fueron sus camaradas, y hoy son labradores, artesanos, militares y hombres de carrera, todos al servicio de la Patria. Hablamos, hablamos los dos, dichosos, evocando gratísimos recuerdos de la infancia sin darnos cuenta del tiempo y sin pensar en el manuscrito que había motivado la visita.

Y nos despedimos.

Cuando Pepito se fué tomé en mis manos el manuscrito y empecé a leerlo. Su lectura me interesó vivamente, tanto por los recuerdos que evocaba en mi imaginación como por el objeto moral que entrañaban sus sencillas narraciones.

Y lo leí hasta el final.

No dejé de encontrar alguna cosa que exigía corrección ; pero me pareció que el manuscrito debía tocarse lo menos posible, en gracia a su veracidad, su delicadeza y sencillez. Lo que hice fué suprimir algunos párrafos pertinentes a la escuela, y lisonjeros para mí, que me parecieron fuera de lugar. En lo demás, apenas puse las manos.

Cuando Pepito volvió otro día a recoger las cuartillas le dije con sinceridad :

—He leído tu manuscrito con el mayor espacio y atención. Todo lo sabía ; pero al leer en tus memorias lo que has sufrido, lo que has luchado, y cómo has sabido honrar el nombre de tu padre y sacar adelante tu familia, no he podido menos de admirar la grandeza de tu corazón. Yo, hijo mío,

no enseño la verdad sino con palabras ; tú predicas con los hechos y sabes enseñar la virtud con la virtud misma. Yo soy el maestro que habla ; tú, el discípulo que practica.

Tu manuscrito puede proporcionarte gratas satisfacciones si lo lees. Yo las he sentido muy de veras ; me lo has dado para corregir, y justo es que te haga algunas observaciones.

—Sí, señor ; y si lo merezco, ¿ por qué no ha de castigarme ?

—Justamente estaba pensando en ello. Ese manuscrito no debe quedar así. Y te castigo a que lo publiques.

—¿ Qué dice usted ?

—Digo que no es justo que tú sólo lo leas ; que ese manuscrito debe dejar de serlo, haciendo con él un libro impreso, donde los niños aprendan a honrar a sus padres, y donde los padres puedan aprender a dirigir a sus hijos.

Y diciendo esto me lo guardé para darlo a la imprenta.

Ahora puede leer el que quiera las MEMORIAS DE PEPITO.



El primer día de clase.

1.º de septiembre de 190...

Hoy, 1.º de septiembre, se ha abierto la escuela, después de cuarenta y cinco días de vacaciones.

A decir verdad, yo ya tenía ganas de que se reanudaran las clases. En mi casa, no teniendo una obligación precisa, no hacía cosa de provecho y empezaba a cansarme y aburrirme, porque, al fin, «nada causa tanto como no hacer nada». Lo deseaba, además, porque mi maestro me había prometido en los últimos meses pasarme de sección, y con eso recibiría de él siempre las lecciones, me enviaría algunas veces de instructor y me contaría yo entre los niños mayores de la escuela.

Esta mañana han quedado mis aspiraciones satisfechas.

Desde hoy tendré lección señalada para estudiar; desde hoy me cuento entre los niños primeros de clase, y como me propongo ser un buen escolar, para servir de modelo a mis compañeros inferiores, y aplicarme mucho para poder ayudar pronto a mis queridos padres y ganarme el afecto de mi maestro, el día de hoy ha de señalarse con piedra blanca en la historia de mi vida. La historia de mi vida. ¡Ah! ¿Quién sabe lo que me reserva el porvenir?

La clase de hoy se ha reducido al cambio de puestos, o, como si dijéramos, a la promoción de empleos.

Yo, como ya he dicho, he sido promovido a la

octava sección, a la sección más adelantada, y he escuchado muy expresivos elogios de mi maestro. Elogios que satisfacían a mi corazón, pero que hacían salir al mismo tiempo los colores a mi



... la escuela.

cara. Era algo agrídulce que yo no hubiera querido oír, pero que me causaba deleite.

Desde hoy me propongo ser un escolar modelo. Me parece que este año quiero más a mi maestro ; es decir, no le quiero más, sino que le quiero de otra manera. Verdaderamente, los maestros son nuestros segundos padres, y se hacen dignos de todo nuestro amor. ¡Y pensar que tantas veces

consumimos su paciencia con nuestras ligerezas e inquietudes!

Por cierto, que esta mañana he observado dos cosas: la primera, que mi maestro está más viejo, pues en su barba negra va habiendo ya tantos hilillos de plata que casi la hacen gris; la segunda, que la escuela se ha renovado casi por completo; que casi todos los niños mayores se han ido, unos a talleres, otros a oficinas, otros al campo. En cambio han ingresado muchos chiquitines, a quienes hay que empezar por enseñar las letras.

La escuela, con ese movimiento, parece un reflejo de la vida; pues, como en el mundo, constantemente, unos hombres nacen y otros mueren, en la escuela, unos niños entran y otros salen, sucediéndose los escolares sin cesar. ¡Qué ingrata y al mismo tiempo, qué noble tarea la del maestro! Siempre allanando dificultades, siempre suavizando asperezas, siempre luchando contra la ignorancia y contra los resabios de los niños, que, como potrillos, se resisten a la obra de su educación, como en manos de sus madres se resisten a lavar la cara, y cuando, ya domados e instruidos, podían prestarle alguna ayuda y producirle alguna satisfacción..., entonces se le van.

¡Así es la escuela y así es la vida!

Esta mañana, el maestro se ha dirigido a la escuela en general; pero bien se advertía que sus palabras eran especialmente para nosotros, para los de la octava sección, para los niños mayores.

—Empezamos un nuevo curso, ha dicho, y yo espero de vosotros aplicación y obediencia: aplicación, para que podáis vencer las dificultades que se os ofrezcan en las lecciones, para que podamos seguir en el estudio sin vacilaciones ni desmayos, siempre adelante; obediencia, para que sigáis constantes por el camino de la virtud que mis con-

sejos os señalen, y para que lleguéis a ser hombres inteligentes y sobre todo honrados.

Al acostaros cada noche examinad en breves minutos vuestra conciencia, ved lo que habéis hecho malamente y lo bueno que habéis dejado de hacer durante el día; proponeros trabajar constantemente en vuestra mejora y perfección; sed ordenados en vuestras tareas y trabajos para que podáis aprovechar mejor el tiempo; escribid en un cuadernito vuestras memorias, aunque os parezcan poco interesantes, que es práctica muy laudable para el arreglo de la vida y corrección de las costumbres; y no os limitéis a ser buenos escolares estudiando a la letra cada día las lecciones señaladas, sino que habéis de serlo en la calle y en el seno de vuestras familias. Vosotros no sabéis lo que trasciende en público y en el hogar, el ejemplo de un niño bien educado. ¿Me prometéis ser dóciles a mis consejos, ser aplicados y obedientes?

Toda la escuela, a una voz, ha respondido que sí.

Por mi parte quiero hacer también el cuaderno de memorias de que nos ha hablado. Tal vez algún día me será grato leer y recordar los incidentes de mis años juveniles.

Hoy lo empiezo redactando estos apuntes.

¿Perseveraré en la empresa?





II

Una asamblea de niños.

7 de septiembre.

Ya no voy a hacer el diario de la escuela, que tan seriamente me había propuesto. En palabras de niño, ¿quién confía?

Pero no por falta de voluntad, ni por desidia o inconstancia. Yo estaba decidido a hacerlo, ya había empezado a escribirlo, y en mi imaginación veía una serie de narraciones o cuadros pintorescos por donde desfilaban todos mis camaradas de escuela.

Ya había comprado mi cuaderno para ponerlo en limpio. Pero esta mañana volvió a hablarnos sobre el particular nuestro maestro, y nos dijo:

—Sé que, siguiendo al pié de la letra mis consejos, muchos de vosotros habéis empezado a formar diarios escolares. Vuestro proceder es plausible y me congratulo de ello. Pero si todos hacéis diarios escolares, habrá forzosamente repeticiones y monotonías. ¿No sería preferible que uno hiciera

el diario de la vida escolar, otro el de los accidentes más interesantes de la familia, éste el de las principales efemérides de la localidad y aquél el de los sucesos más salientes de la vida de la nación?

Todos sois para mí igualmente queridos, a nadie quisiera disgustar; pero preferiría que vosotros mismos os distribuyerais este encargo, tomando cada uno aquella parte que se acomode mejor a sus facultades y a sus gustos.

Y dicho y hecho.

Como estamos a principio de curso y todos nos sentimos con buen ánimo, apenas concluída la clase hemos celebrado una reunión con ribetes de asamblea, en una plaza no lejos de la escuela.

A ella hemos concurrido más de veinte niños, los mayores por de contado, y aunque se ha discutido y vociferado mucho, no se ha faltado al orden en lo más mínimo y hemos llegado a un acuerdo, que espero ha de ser cumplido por todos.

La reunión ha sido presidida por Alberto Lanzas, que sobre ser el primero de la escuela, es el más fómral de todos y tiene por añadidura, unos puños que le hubieran permitido imponerse por la fuerza a quien no hubiese querido obedecer de grado.

Lanzas ha expuesto el objeto de la reunión y ha invitado a todos los presentes, en turno de mayor a menor, a decir cuanto se les ocurriera sobre el asunto.

El primero que ha hablado ha sido Joselín Ribera. Es el que mejor dibuja, y se ha comprometido a ilustrar el diario escolar con retratos y caricaturas.

Todos hemos aplaudido. Lo primero por lo de la ilustración del diario; lo segundo, por su modestia.

Con seguridad que Ribera habría hecho las narraciones y dibujos tan bien como el primero ; pero él sabe que otros niños desean el encargo, y, como buen compañero, no quiere crear dificultades y deja el camino expedito para los demás.

Después ha hablado Angel Benítez. Este ha dicho que Lanzas, Ribera y algún otro que se agragará, formando una comisión, debían designar los niños que hayan de encargarse de los trabajos respectivos.

¡ Muy bien por Benítez !

Un niño ha propuesto a Facundo Robles, que es el hijo del alcalde.

Dos voces se han levantado a la par para decir que no ; que en la escuela lo mismo es el hijo del alcalde que el hijo del alguacil.

Otro ha propuesto a Paco Cifuentes, que es algo poeta y dice que va a escribir un drama ; otro a Manuel Fernández ; otro a mí.

El asunto se enredaba, y Lanzas, levantando la voz, ha dicho :

—¿ Tenéis confianza en mí? ¿ Queréis que yo lo designe?

—Sí, sí—hemos contestado todos.

—Pues entonces — ha dicho Lanzas — propongo que se una a nosotros dos Felipe Rupérez, que está ahí callado, y es el que mejor sabe todos los días las lecciones y vale tanto como el que más de nosotros.

—¡ Aceptado ! ¡ Aceptado !

—Marchad todos a jugar por la plaza, y cuando tengamos elegidos los nombres os llamaremos para proclamarlos.

—¡ A jugar ! ¡ A jugar !

Todos hemos salido corriendo y gritando en distintas direcciones. Después se han formado gru-

pos y grupitos, donde se hacían cálculas y se murmuraba de los trabajos de la comisión nominadora.

Al poco rato circulaban entre los niños distintas candidaturas.

La comisión nominadora ha creído poco correcto el proceder de los niños, ha hecho dimisión y se ha disuelto.

Entonces Lanzas ha propuesto que fuera a votación. Que cada niño escribiera tres nombres en un papelito y lo echara en el sombrero de Rupérez. Al efecto se han distribuído a todos los niños papelitos iguales.

Pocos momentos después estaba hecha la votación y se procedía al escrutinio.

Hemos sido propuestos: Lanzas, para las efemérides nacionales; Rupérez, para el diario escolar; Cifuentes, para los hechos locales, y yo, para la vida de familia.

Además se deja a todos en libertad completa para hacer por su cuenta idénticos trabajos, y de tiempo en tiempo nos reuniremos, como hoy, para leerlos, corregirlos y aprobarlos. Con los mejores que se presenten iremos formando los diarios propuestos.

Hemos dado cuenta al maestro de nuestra reunión, y le ha parecido bien.

—Lo que hace falta—nos ha dicho—es que seáis constantes en el trabajo. Estoy cierto que todos habéis de empezarlos con buen ánimo: lo que no me atreveré a asegurar es que todos perseveraréis en vuestra obra y la llevaréis a término.

A fin de curso hablaremos.





III

Mi casa natal.

26 de septiembre.

La casa que nosotros habitamos, donde yo nací y pasé los risueños días de mi infancia, se levanta sobre la cima de una suave colina, fuera de la aglomeración urbana de la ciudad, casi en el campo.

Yo no tengo más que asomarme a la ventana del cuarto donde duermo para gozar del más hermoso espectáculo.

Allá abajo, en el fondo del valle, el río, bordeado de álamos y sauces, con sus fábricas movidas por el agua, y, suavemente escalonadas, multitud de casitas blancas, separadas por bancales de terreno cultivados y algunos bosquecillos de pinos y de robles. La carretera, como una cinta blanca, sigue la dirección del río y casi paralela a él, hasta que lo atraviesa al término del valle, sobre moderno puente de piedra.

En aquel punto es donde se aglomera mayor número de casas, alrededor de una iglesia que parece

cobijarlas ; y poco más allá, con altas chimeneas, coronadas por negros penachos de humo, empiezan las grandes fábricas, que constituyen la ciudad industrial. Allí están las cantinas y viviendas para obreros, allí las tabernas y cafés, las plazas bulliciosas y mercados.

Desde la ventana de mi cuarto, cuando suenan, estridentes, las sirenas para la entrada y salida de los obreros, obsérvase alrededor de las fábricas un cuadro verdaderamente soberbio, lleno de animación y vida.

Multitud de trabajadores, como las abejas de un enjambre delante de la colmena, se ven a lo lejos moverse y agitarse delante de las puertas de las fábricas, ya afluyendo en pocos instantes de todos lados, ya dispersándose en distintas direcciones. Es la vida monotoná y agitada de las modernas ciudades industriales, tan diferente de la vida sencilla y reposada de los campos.

Mi prudente padre, que ha pasado su juventud en las fábricas, y conoce lo malsano de la vida en estas ciudades modernas, donde el obrero se agita, respirando un aire escaso y verdaderamente emponzoñado, pensó cuerdamente que a sus hijos convenía un aire puro, una casa alegre, una vida tranquila, y nos alejó de la ciudad, alquilando esta casita que nosotros habitamos.

¡ Oh, qué linda es esta casita, situada en lo más alto de la colina, bañada por la luz del sol y el aire puro, tan fresca, tan limpia, tan cómoda, tan perfumada ! Más que una casa me parece un nido...

Sólo al pensar en ella me deleita. Tiene por delante un pequeño jardín, separado de la calle por una sencilla empalizada, pintada de verde. Enredaderas y madreselvas trepan por entre los palos, y en las mañanas de otoño cuelgan infinidad de

campanillitas azules ; en cambio, los rosales se cubren de frescas rosas al venir la primavera. Aquí y allí, por los macizos y senderos vense margaritas y violetas, clavellinas y geráneos, y, sombreando la puerta, extiende sus nudosos sarmientos una frondosa parra.



*Mi familia.**12 de octubre.*

En mi casa somos seis niños, y yo el segundo de los seis. Mi hermana Manuela es la de más edad, y parece una mujer por lo seria y hacendosa.

Ella y yo hacemos rancho aparte, y nuestros cargos parecen paralelos. Ella es la asistente de mamá en los trabajos de la casa; yo, el niño mayor, aunque sólo tengo doce años, soy como el segundo padre de mis hermanitos, Luisa, Germán, Rafael y Francisco: este último, que es el más pequeño, aún no sabe andarse sólo.

Cuando el pensamiento se vuelve a lo pasado, hay épocas en la vida a las cuales retorna la memoria más fácil y placentera, como si ellas marcaran el punto culminante de la dicha.

El momento de mi infancia del que guardo recuerdos más preciosos es el del verano en que cumplí los nueve años de edad.

Todo el jardín estaba cubierto de flores: todo respiraba paz y alegría. Los racimos de la parra comenzaban a granar ofreciendo para el rica y sabrosa cosecha. Yo los miraba atento cada día, viéndolos crecer; papá me levantaba en alto con sus brazos permitiéndolos contar separando a uno y otro lado los sarmientos de que pendían.

Las violetas, aún ocultas entre el verdor de los macizos perfumaban el jardín; las rosas y los claveles le daban singular encanto.

Mamá vestía una bata color perla, que a mí me gustaba mucho, y los domingos un traje negro con listas rojas. Mi hermano menor hacía pinitos y parecía que iba a romper a andar.

Yo pienso que nunca hemos sido después tan dichosos como entonces.

La casa era un lugar sumamente tranquilo y apacible. El aire que respirábamos venía cargado de ternuras, de canciones y de besos. El cielo del pasado era azul; el que alboreaba, de color de rosa.

Padre y madre trabajaban sin cesar, pues tenían que ganar el pan para sus seis hijitos; pero trabajaban alegres y sin fatiga. Puesto el corazón en el trabajo y el pensamiento en nuestra dicha no tenían tiempo para quejarse de sus largas tareas. El amor hace llano y haceçero lo más difícil y pesado.

Pero sin descuidar sus obligaciones, aún hallaban tiempo para cuidar nuestro jardín. Era para ellos un placer, un recreo, sacar agua del pozo y regar las plantas.

Al mediodía y al caer de la tarde, ellos paseaban juntos por los enarenados senderos o se sentaban bajo la parra como dos enamorados. Los pájaros venían a los árboles vecinos para verlos, y hasta las flores parecían más hermosas cuando mis papás pasaban cerca de ellas cogidos de las manos. La casa, tan blanca y tan limpia, parecía más apacible y atrayente.

Muchas veces, cuando he sido mayor, he pensado que las casas tienen algún parecido con las personas. Independientemente de su aspecto material tienen una fisonomía que las distingue, que les es propia y les viene no se sabe de dónde. Diríase que las casas tienen una especie de alma, que

no se ve, pero que se manifiesta al exterior con signos peculiares, como el alma de los hombres.

La nuestra era todo paz y alegría. Los ojos de los que pasaban por la calle se detenían en ella y la contemplaban gozosos.

Tal vez cuando las madre selvas estaban en flor cogían un ramito de sus ramas olorosas, que salían por entre el enrejado de la verja, y se lo ponían en el ojal como recuerdo. Yo los he visto a menudo detenerse y mirar nuestra casa desde lejos, sonriendo.

Los ojos fijos indicaban una preocupación obstinada. Sin duda hacían ellos una cuenta imposible, como se hace algunas veces delante de los palacios y hoteles de los ricos. Ellos querían, a mi parecer, vivir allí, tan cómodos y tranquilos, y cuando se alejaban creo que se irían diciendo:

—Aquí vive la dicha ; ¡ cuánta hermosura !



*Mi padre.**16 de octubre.*

Mi padre es un hombre fuerte, pero dulce; de corpulencia hercúlea, de mirada severa.

El impone por lo serio. A primera vista se le creería un poco rudo. Pero bajo el arco de sus cejas hay siempre una mirada de bondad. En el trato parece un niño.

Cuando yo frisaba en los nueve años creo que fué cuando comencé a amar a papá.

Sin duda, que ya antes le amaba entrañablemente, con todo el esfuerzo de mi corazón; mas como los niños aman, es decir, por instinto. Hasta entonces la vida es como un libro cerrado. No se abren los ojos a las cosas. Se mira sin ver, se vive sin comprender. Es la edad de la inocencia.

Tendría yo sobre ocho o nueve años, pues fuí precoz, cuando las primeras luces alborearon en mi mente una a una, sin darme cuenta de su aparición. Las nociones se precisaron, pues yo no tenía hasta entonces sino una vaga idea, y poco a poco se me fué revelando el por qué de las cosas.

Comprendí que si nosotros vivíamos con tanta comodidad era a papá a quien se lo debíamos. Supe que todo nos venía de su trabajo: el pan que comíamos, la casa que nos albergaba, todo, hasta la sonrisa de mamá.

Cada cosa era el premio de un esfuerzo, de un sudor. Cada alegría que nos proporcionaba era he-

cha a costa de sus privaciones. Por nosotros papá luchaba sin tregua ni descanso, de la mañana a la noche, cifrando toda su dicha en que nosotros lo fuéramos. Y éramos dichosos ciertamente.

Papá bebía una copita de aguardiente en el desayuno y vino en las comidas, pero no franqueaba jamás el umbral de una taberna ni de un café: su salario, todo entero, venía a casa cada sábado para que lo disfrutáramos los suyos. Mi razón, tan pronto como pudo comprender, despertaba en mi corazón sentimientos de ternura y gratitud. A mi



Mi padre entra triunfante.

amor de instinto sucedía un profundo reconocimiento, una moción de dulce simpatía. No amaba más a mi padre, porque amarle más era imposi-

ble ; pero le quería de otro modo, le amaba mucho mejor.

Mi padre no es propiamente un obrero.

En su taller, él es quien dirige, quien ajusta las piezas más delicadas, quien monta las máquinas. Su trabajo es rudo ; pero está bien retribuído.

De la casa al taller hay dos kilómetros de distancia, y mi padre hace cuatro veces al día tan largo camino. Pero él se somete gustoso a este aumento de fatiga porque vivamos lejos de las pestilencia industriales, porque respiren nuestros tñernos pulmones el aire puro de los campos.

El sale, por la mañana, antes de que nosotros nos hayamos levantado. Vuelve al medio día para comer con nosotros. Yo voy entonces hasta la empalizada del jardín para verle llegar de lejos por la carretera, y lo anuncio a mis hermanos : — ¡ Ya viene ! ¡ Ya viene !

Los ojos de mamá se alegran, sus labios sonríen ; los pequeños corren a su encuentro a la desbandada ; Francisco mismo salta sobre sus andadores, ayudado por Manuela.

Mi padre entra triunfante en el corredor, llevando uno de la mano, otro sobre la espalda, éste se cuelga de sus brazos, aquél se abraza a sus piernas, y los que no pueden otra cosa se agarran a su chaqueta. gritando : — ¡ Papá ! ¡ Papá !

Y la casa se llena de alegría.



*Mi mamá.**5 de noviembre.*

No he dicho hasta ahora casi nada de mamá.

Es que he vacilado mucho antes de intentar describirla.

Nunca sabré yo decir cuánto es ella de buena, de dulce y algunas veces también de alegre: aunque con un fondo de tristeza, como si mi madre, no fiándose mucho de la felicidad presente, abrigara algún triste presentimiento para lo porvenir. Pero esa suave melancolía le da a mi mamá más belleza y la hace más amable.

Otras gentes dicen que mi madre ha sido una mujer muy hermosa en su juventud. Para mí no solamente lo ha sido, sino que sigue siéndolo y lo será siempre. Yo creo que a cada uno le parece su madre la mujer más hermosa o, por lo menos, la más buena de las madres. Lo digo, a juzgar por lo que observo en mí mismo.

Sin embargo, yo reconozco que los cuidados de la familia, los trabajos cotidianos, la crianza de sus hijos, han hecho encorvarse un poco sus espaldas, han hecho formarse algunas arrugas en su frente y que aparezcan algunas canas en su rubia y abundante cabellera.

Papá la ama profundamente. Ellos viven el uno para el otro. Parece que recorren ambos el camino de la existencia, ayudándose mutuamente con verdadero fervor. Esto hace que yo les ame

con más fuerza, y así me parece que más les amo cuanto más veo que se aman.

Ahora tengo doce años cumplidos. En la escuela no doy ningún motivo de queja a mi maestro. En mi casa procuro hacerme digno siempre del cariño que mis padres me profesan. Soy feliz en cuanto se puede ser en este mundo, y todo parece sonreirme.

¡Qué hermosa es la vida a los doce años!



VII

El enemigo se presenta.

15 de marzo.

Verdaderamente, el enemigo de la virtud es solapado y traidor.

No se impone de golpe, sino que va rondando la plaza antes de intentar rendirla. Se insinúa dulcemente y se cuela entre nosotros sin llamar apenas la atención.

No reparamos en él hasta que le tenemos dentro.

Recuerdo que una noche, papá entró en casa con un aire inusitado, con una alegría que nos dejó sorprendidos. Tenía la cara más encendida que de costumbre, los ojos parecían iluminados por una alegría fascinadora; el sombrero, un poco torcido; el cigarro, en los labios, medio deshecho.

Mamá comprendió todo en seguida, y se sonrió. Papá estaba alegre y nos contaba historias extravagantes, que a nosotros nos divertían mucho. ¿Qué lejos estábamos de sospechar las amarguras que vendrían detrás de aquellas risas!

La misma escena se repitió, con intervalos al principio bastante largos, después más próximos.

Nosotros no tardamos en conocer cuando nuestro papá había bebido con sólo verle llegar a casa.

Y tomando a broma su estado, gritábamos en coro:

—Buenas noches, papá; ¡hoy vienes muy alegre! ¿Será que has empuinado el codo?

Y él nos estiraba suavemente las orejas y decía:

—¡Haya bribones! Hay que tener a su papá un poco más de respeto.

Nosotros nos divertíamos mucho con estas escenas y nos parecían una consecuencia del bienestar que disfrutábamos. Mamá se divertía como nosotros; pero, como suele decirse, la risa no le pasaba de los dientes, y algunas veces dirigía a papá tal cual indirecta que demostraba, aunque con la risa en los labios, el dolor de su corazón.

Escenas de este género, más o menos frecuentes, se han ido repitiendo en los últimos meses. Mamá, cada vez se va mostrando más inquieta; pero hasta ahora no ha dado muestras de seria alarma. Se advierte que le disgusta; pero ella, que es muy prudente, sufre y calla.

Yo tampoco he dado a esto importancia; antes, me ha divertido, como a los demás de casa. Sin embargo, después de lo que en la escuela he oído a mi maestro, voy atando cabos y pienso si éste no será el principio de una pendiente por donde mi padre un día pueda rodar al abismo.

¡Pero qué tonto soy pensando en estas cosas!

Papá es un hombre fuerte; papá es un hombre honrado, trabajador como pocos, amante de su familia como ninguno. Papá no puede caer: si el enemigo le presenta batalla, luchará con él y vencerá.

¡Animo, pues!



*Papá se retarda por vez primera.**17 de mayo.*

Ayer era día de paga.

El tiempo, como de mayo al fin, estaba hermoso. Manuela y yo correteábamos por el jardín esperando la vuelta de papá. Mamá, en casa, preparaba la cena. Mis demás hermanitos ya estaban acostados.

De cuando en cuando, haciendo alto en nuestros juegos, corríamos a la cancela que da a la carretera para espiar la llegada de papá. Ya había oscurecido, y papá no venía. Eso en él era rarísimo.

De pronto apareció mamá en la puerta de casa y me llamó, diciendo :

—Pepito : ¿no viene tu padre todavía?

Yo corrí a mirar de nuevo el camino y contesté :

—No, mamá ; no viene.

Mamá se retiró sin decir una palabra ; pero estaba muy inquieta, y algunos minutos después volvió a salir. Esta vez bajó los dos escalones que había delante de la puerta, atravesó el jardín y fué a mirar por sí misma el camino que papá solía traer todas las tardes.

Ella miraba fijamente, escudriñándolo todo. Se diría que quería sondear el horizonte. Para ver mejor, o para dirigir las miradas, hacía pantalla a sus ojos con las manos. Se conocía que estaba febril ; pero disimulándolo en lo posible, se volvió a nosotros, para decirnos con voz que en vano se esforzaba en aparentar tranquila :

—Sin duda, papá ha tenido algún trabajo extraordinario. Entremos; él no debe tardar.

Manuela, que había cenado con los pequeños, se fué a la cama, por la primera vez, después de mucho tiempo, sin el beso de papá.

Mamá me dió a mí de cenar. Pasados algunos



Ella miraba fijamente.

minutos, papá llegó. Advertíase en él un aire extraño: venía excusándose ante mamá de no sé qué cosas.

A lo que pude comprender, sus camaradas le habían retenido después del trabajo. Habían bebido un vaso de vino mientras se discutían cuestiones de interés profesional. La hora había pasado sin que él lo advirtiera. Mi padre acabó su

recitado, como al tiempo de entrar, excusándose ante mamá con demasiada insistencia.

Mamá le perdonó lo mejor que pudo ; mas con una mueca de disgusto que ella no fué dueña de evitar, y que yo advertí sin que lo sospechara.

La cena fué más silenciosa que de costumbre, aunque papá se esforzaba en hablar mucho. Mamá estaba visiblemente distraída. No hubo verdadera conversación en toda la cena.

Comprendí que alguna cosa tenían que decirse. Me levanté, abracé a papá, como lo hacía cada noche al acostarme ; después abracé a mamá y me fuí a la cama. Así podrían hablarse a solas.

Mamá tenía las mejillas abrasando cuando yo la besé, y me pareció sentir después sobre mi cara la humedad de una lágrima.

Mamá lloraba...

¿Por qué lloraba mamá? Yo me lo preguntaba cien veces en la cama sin hallar respuesta. Quería adivinarlo y tenía miedo de acertar. Una gran angustia me cerraba el corazón. Al fin, lloré también, sin saber por qué, y me dormí sobre las lágrimas.

Horribles pesadillas me han despertado muchas veces.

Pero papá es bueno. Casi siento haber escrito estas líneas bajo la influencia de semejantes impresiones.



*Mamá me lo explica todo.**18 de mayo.*

Cuando, después de escribir mis notas, esta mañana he salido de mi cuarto, ya no estaba mi padre en casa. El recuerdo de la noche anterior volvía a atormentarme. Sentía miedo de mí mismo.

Luego apareció mamá. Tenía los ojos enrojecidos, y esa circunstancia vino a aumentar mi aflicción. Sentada en un rincón de la cocina, vertía lágrimas en silencio. Yo me he aproximado.

—Tú lloras, mamá — la he dicho—. ¿Por qué lloras?

—¡Oh!, por nada, Pepito—me ha contestado—. Lloro sin razón, como se llora algunas veces.

—Yo quiero saber por qué lloras—la he replicado—. Yo quiero...

Mi mamá no ha respondido una palabra. Me ha estrechado entre sus brazos y ha llorado más fuertemente. Yo también he llorado, y juntas han corrido nuestras lágrimas.

—No digas nada a tu padre — ha dicho, por fin—. El es bueno. Soy yo la que os hago entristecer con mis rarezas.

Pero después he sabido que mi padre, por la primera vez en su vida, había venido a casa sin la paga de la semana, bebida con otros camaradas suyos en la taberna. Ese fué anoche el motivo de la tardanza.

Cuando los hombres dicen que han bebido un vaso con sus compañeros, eso no es más que una

manera de hablar. Cada uno paga su *ronda*, el número de vasos sube proporcionalmente, y en la misma proporción el gasto.

Mi maestro nos lo ha explicado algunas veces en la escuela: cuando se juntan cuatro amigos a beber un vaso, son cuatro las rondas que se hacen y diez y seis los vasos que se beben. Y lo peor



... yo también he llorado.

es que con el beber se juntan casi siempre el cigarro y el juego.

Yo he pensado mucho durante todo el día en el hecho de que mi padre, por primera vez, haya gastado en la taberna lo que constituía para toda la semana el pan de la familia.

Jamás se borrará de mi memoria la imagen de mamá esperando en el jardín, mirando el camino por donde debía llegar mi padre, protegiendo sus ojos con las manos para ver mejor y pareciendo la estatua misma de la ansiedad.

Tampoco olvidaré a mi padre cuando entró en la cocina, y cómo hablaba durante la cena para distraernos o para alejar de los ojos de mamá la imagen del fantasma que ella veía.

Pero, sobre todo, siempre recordaré la impresión que me produjo al sentir sobre mi mejilla la mejilla húmeda de mamá y su primera lágrima, que me hizo temblar hasta el fondo de mi corazón.

¡ Ah, mamá, mamá ! ¡ Cómo he comprendido hoy tus antiguos presentimientos y cómo he llorado contigo !

Pero ahora que me encuentro más sereno ; ahora que papá parece arrepentido, y que yo veo las cosas con la reflexión que cabe en un muchacho de trece años, pienso que mamá es demasiado dulce, demasiado buena. A mamá le sobra de bondad lo que le falta de energía. Sin embargo de llorar sola, de sufrir en silencio, si ella hubiera mostrado sus lágrimas, si ella hubiera hablado francamente a papá, si ella le hubiera dicho sus sufrimientos ; si, con dulzura y firmeza, le hubiera arrancado la promesa de no beber jamás en la taberna, tal vez para nosotros hubieran venido las cosas de otro modo. El alcoholismo, ese enemigo terrible de la clase obrera, hubiera tocado apenas con golpe tímido la puerta de nuestra casa ; pero no se hubiera atrevido a entrar en ella. Papá era tan bueno como inteligente. Quería tanto a su mujer y a sus hijos, que, sin duda, con un poco de energía, por parte de mamá, hubiera

impedido que una simple afición se convirtiera en pasión funesta.

Los hombres se dejan gobernar más fácilmente de lo que se cree, y mamá hubiera podido triunfar con un poco de paciencia, de dulzura, de perseverancia. Pero ella no tiene energía; es demasiado dulce, resignada, pasiva. Debía hablar, y prefirió sufrir sola y sufrir en silencio.

¡Pobre mamá! ¡Tú eres demasiado buena!



*El enemigo avanza.**3 de septiembre.*

Han pasado algunos meses sin que haya consignado impresión alguna en mis apuntes. Afortunadamente, hemos tenido días buenos en nuestra casa después de la primera falta grave de papá. Lo recuerdo muy bien; durante tres semanas papá no se acercó a la taberna; después, si entró una vez, pasó más de una quincena sin poner los pies en ella.

Mamá se resignaba a esperar.

—Al fin—decía—, los hombres pueden permitirse de cuando en cuando alguna distracción.

Pero a pesar de todas esas excusas con que mamá quiere disculpar lo que, dígame cómo se quiera, es una falta, yo, que soy aún chico, pienso que un padre que tiene que alimentar y vestir a su mujer y seis hijos, que tiene que velar por ellos, no debe distraer un céntimo para gastarlo fuera de casa.

Antes papá no iba al café ni a la taberna, y no por eso se creía desgraciado. El tenía sus honestas distracciones en la familia. Se gozaba en divertirnos y se alegraba en nuestras alegrías. ¡Qué cerca están aún aquellos tiempos, y, sin embargo, qué lejos estamos de volver a disfrutarlos!

Es de notar cómo papá ha ido adquiriendo el vicio de la bebida. Primeramente solía ir al café por diversión todos los sábados. Era su día. Llevaba el bolsillo repleto y se hallaba fatigado del

trabajo de la semana. En casa se convino que los sábados no debíamos esperarle a cenar. De su paga semanal separaba él una parte más o menos larga para gastos menudos.

Mamá no protestaba. Le parecía ofensiva para papá cualquiera observación que se le hiciera. Por otra parte, las pretensiones de papá le parecían legítimas.

Desgraciadamente, mi papá, muy inteligente, era también algo orador: hablaba con facilidad y gracia.

El hablar bien es un gran defecto para los que frecuentan el café o la taberna. La fatuidad de cada uno es halagada por los elogios de los camaradas. Se le escucha, y los aplausos fáciles le envanecen pronto. Diríase que se embriaga de sus palabras al mismo tiempo que de los licores. Añádase que en ese estado de espíritu se es un tanto generoso, y los aplausos se pagan en convites. No faltan desgraciados que aprovechan esa debilidad y elogian sólo por beber.

Mi padre, con su temperamento, no podía sustraerse a estas debilidades. El las tuvo. La parte semanal que separaba de la paga para sus gastos menudos fué haciéndose cada vez mayor. Los fondos de la familia se aminoraban, a la par que se acrecían los del tabernero, porque al principio sólo iba mi papá al café; pero después prefirió ir a la taberna. Allí encontraba siempre a sus camaradas.

El enemigo, ese enemigo traidor de que tantas veces nos ha hablado en la escuela el maestro, se encuentra dentro de casa; su presencia se hace notar de cien modos diferentes. Es un huésped.

Yo me atrevería a reconstituir la historia de estos dos últimos años como si fuera una historia de ayer. Tan presentes tengo en la memoria hasta

los menores detalles. Podría contar, día por día, los progresos del mal que nos aflige, como el médico puede contar por los signos exteriores los avances de una fiebre de la que murió el enfermo, y contra la cual todos los remedios fueron impotentes.

Como el presupuesto de la familia se mermaba, forzoso le fué a mamá reducir los gastos y acortar la ración. Los postres se hicieron raros, y no tardaron en desaparecer por completo. También desapareció el asado del domingo, y la mesa se hizo más frugal. Nuestra comida se redujo a lo estrictamente necesario, a legumbres, y mis pobres hermanitos no podían acostumbrarse a tanta parquedad.

Tampoco teníamos dinero para renovar la ropa al fin de cada estación. Yo necesitaba un trajecillo; pero fué acordado que se me compraría al año siguiente. Mamá debió pasar dos inviernos con el mismo abrigo; sus ropas raídas le daban un aire pobre y miserable.

Habíamos descendido un peldaño de la escala social, y esto nos producía un pesar mortificante.

También mi padre vestía peor y con más descuido de su persona. Había en él algo distinto: signos indefinibles en detalle, pero que acusaban notables diferencias. El fué el primero en declarar que pasaría aquel año sin renovar sus vestidos. No era egoísta. Reconocía sus yerros y se doblegaba a los reveses.

Algunas veces se lamentaba de que los tiempos eran duros, y de que la carga de seis hijos que crecían absorbía todos sus recursos. Su fortuna había cambiado. Ya no cuidaba de la limpieza y buena disposición de sus vestidos: tomaba poco a poco un aire flojo, negligente, algo como apocado y triste.

No había cambiado solamente en sus vestidos. Sus ojos, tan bondadosos y alegres, parecían ahora amortiguados ; su lengua se embarazaba para hablar ; sus labios temblaban perceptiblemente.

En mamá veía yo que la anemia hacía rápidos progresos. Los frescos colores de sus mejillas habíanse convertido en una palidez de mal augurio. Era que se privaba continuamente de comer, por no escatimar la ración a sus hijitos.

Por otra parte, ella trabajaba incessantemente : no aceptaba la pobreza sin luchar con todas sus fuerzas. Día y noche se afanaba en lavar, en remendar, en zurcir nuestras ropas ; y gracias a sus trabajos, iban tirando nuestros vestidos, manteniéndonos en la decencia.

Verdaderamente, comparados con otros, no tenemos por qué quejarnos : somos dichosos todavía.

Mi madre nos lo hace observar frecuentemente. Ella quisiera que siempre, y, a pesar de todo, los niños respetaran a su padre. Nosotros le amamos, le respetamos siempre ; no tendrá el menor motivo de queja. Yo, que ya voy siendo mayor y comienzo a comprender las cosas, le compadezco sinceramente, con todo mi corazón, y pienso que tanto más le amo cuanto más le compadezco.



*Una historieta interesante.**9 de octubre.*

El maestro nos ha referido hoy en la escuela una historieta muy interesante.

Yo la he tomado de memoria, la he escrito en dos cuartillas, con letra muy clara y muy bonita, luciendo todas mis habilidades, para llamar la atención de papá, y la he dejado en punto que pudiera encontrársela como al acaso y la leyera.

La historieta decía así :

«Cierta día se acercó una niña a su papá, diciéndole :

—Papá, dame dos pesetas para comprarme un sombrero de verano ; casi todas las niñas de mi colegio se lo han comprado y van con él.

—No, querida ; yo no tengo dinero para eso.

La negativa fué hecha con un tono indiferente. La niña, algo contrariada por la falta de cariño, se fué al colegio ; el padre se fué también a su trabajo.

Pero he aquí que, antes de llegar al taller, se encontró con un amigo a quien invitó a tomar una copa ; y el que no podía disponer de una pequeña cantidad para comprarle un sombrero a su hija, convidó a su vez a otros varios camaradas que encontró en la taberna, echando sobre el mostrador una pieza de dos pesetas para pagar el gasto.

En este momento, la hija del tabernero acercóse a su padre y le dijo :

—Papá, dame dos pesetas para comprarme un sombrero de verano ; casi todas las niñas de mi colegio lo llevan ya.

—Está bien—dijo el padre. Y tomando el dinero que acababa de recibir, añadió—: Ahí tienes dos pesetas que acabo de cobrar y cómprate



... convidó a beber.

el sombrero ; no quiero que hagas mal papel entre tus compañeras.

La niña tomó el dinero y se fué saltando muy alegre y satisfecha.

El primer padre se quedó estupefacto. Salió de la taberna corrido, e iba diciendo entre sí :

—¡Qué es lo que he hecho ! He traído aquí mi

dinero para que este hombre compre un sombrero a su hija con el mismo dinero que yo le he negado a la mía. ¿Y tendré valor todavía para beber, consumiendo malamente lo que pertenece a mi familia?

El bebedor se propuso no volver a beber más licores en su vida, y lo cumplió como se lo había propuesto.

Así hacen los hombres de corazón y de carácter.»

Cuando mi padre ha llegado, por la noche, me he puesto en acecho por ver si leía la historieta.

Y, efectivamente, apenas se ha sentado han llamado su atención las cuartillas y las ha leído muy despacio.

Desde mi escondite le observaba el gesto que ponía a medida que las iba leyendo, y me alegraba en mi corazón, pensando que al llegar al final iba a decir, como el otro :

—¿Y tendré valor para beber, consumiendo malamente lo que pertenece a mi familia? Desde hoy no vuelvo a tomar una gota de aguardiente ni de ningún otro licor. Quiero abstenerme en absoluto.

Con esta idea me he acercado a dar a papá las buenas noches, y papá se ha apresurado a decirme :

—¡Has adelantado mucho en la letra, Pepito! No era eso lo que yo quería...



*Mi familia viene a menos.**6 de noviembre.*

Mi padre bebe y se alegra muchas veces ; pero no se puede decir que sea un borracho. Más de un año hace que frecuenta la taberna, y yo no le he visto ébrio ni una sola vez.

Por fortuna, mi padre no es como esos que todos sabemos andan por la calle dando traspiés, no encuentran la puerta de su casa, rompen los muebles, regañan con su mujer y tal vez golpean a sus hijos.

Nunca le he visto insultar a mamá ; nunca le ha dicho una palabra más alta que la otra.

Cuando él ha bebido, y entra en casa, lo que hace es contar historias sin ilación ni sentido ; se excusa de no haber venido antes por hábito de hombre bien educado, se mete en la cama, y no tarda en quedarse profundamente dormido.

Pero si nosotros somos pobres figuramos al menos todavía entre los pobres decentes, que luchan contra las crueldades de la existencia y no se resignan a rendirse mientras no les abandonen las fuerzas por completo.

La casa, como es natural, no ha escapado a la común decadencia. Se podría decir que el soplo maléfico del enemigo lo ha emponzoñado todo, y ni crecen las plantas ni florecen los rosales.

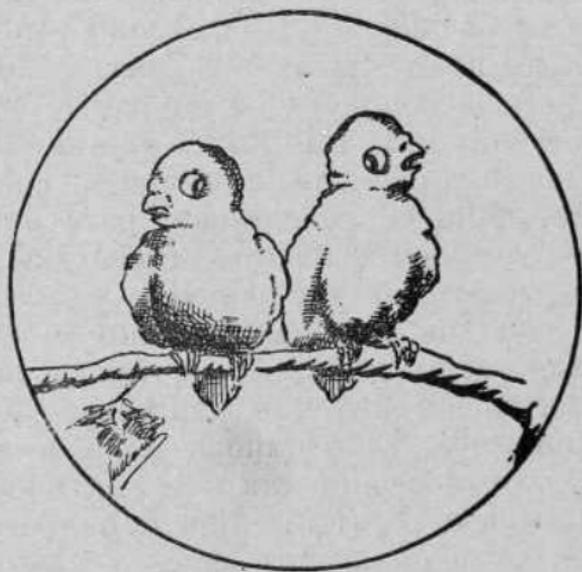
Mi padre no se ocupa de los macizos y platabandas que las malas hierbas invaden poco a poco. Sólo se ven algunas enredaderas que nacieron es-

pontáneas, tal vez de semillas perdidas en los años anteriores.

Pero ellas están como anémicas y miserables, dominadas por las malas hierbas que crecen pujantes y orgullosas.

La parra no se ha podado a tiempo. Los rosales desaparecen. Descuidóse la fachada en la casa y ésta ha tomado un aire triste y una suciedad que denuncia pobreza y abandono.

Y, sin embargo, los peores tiempos tal vez no han llegado todavía.



*La visita de tía Catalina.**15 de noviembre.*

Habíamos gozado en estos últimos meses un período de calma relativa, se había hecho un alto en el avance del enemigo y por un momento le creímos en retirada. ¡Vana ilusión!

Mamá era afable, dulce, resignada: tenía un temperamento de mártir. Si no había habido dificultades en aquella desastrosa aventura de que éramos víctimas, era porque ella todo lo soportaba y con su paciencia y laboriosidad suplía, hasta donde alcanzaban sus fuerzas, necesidades y defectos. Pero la conducta de mi padre comprometía el porvenir de la familia, el pan mismo de sus hijos. Y la más débil de las mujeres, cuando ella es madre, halla en su corazón, para defender a sus hijos, verdaderos tesoros de energía y valor.

Mamá protestó en un principio sólo con su silencio y con sus lágrimas. Cuando se persuadió de que sus quejas mudas no servían de nada, empleó advertencias discretas, reproches duros y lamentos amargos. Ella habló a papá de sus hijos privados de todo, mientras que una buena parte del jornal iba a parar al cajón del tabernero. Mi padre se contuvo algunos meses y gastó menos. Pero no tardó en caer en su funesta pasión. El había hallado un argumento que repetía cada vez que mamá le recriminaba por su conducta.

—Qué quieres, esposa mía, le decía muy afectuoso. ¡Qué quieres! Los momentos que atravesas-

mos son difíciles. De aquí a un año todo irá mejor. Buscaremos una colocación para Manuela, que está en disposición de servir en una casa buena. Su hermana es ya bastante crecida para que pueda reemplazarla cerca de tí. Pepito puede también dejar la escuela, tiene ya catorce años y podemos colocarle de aprendiz en un oficio que le permita asistir por la noche a una academia para ampliar sus estudios.

Yo no quisiera que los chicos se alejaran de tí; quisiera verlos en torno nuestro todo lo posible, cuanto más tiempo mejor. Pero no podemos tenerlos siempre en casa. Esto sería hacerles un mal servicio: ellos deben aprender a trabajar. Su trabajo, por otra parte, aumentará nuestros recursos y mejorará nuestra condición social. Por mi parte, disminuiré cuanto pueda mis gastos, y el bienestar vendrá. Yo te lo prometo; puedes creerlo.

Y esperando el bienestar, se iba haciendo más grande la miseria, y nosotros éramos cada día más desgraciados.

Mamá se resolvió, al fin, a tomar una resolución decisiva. Donde ella no había podido llegar, otra llegaría.

Buscó un árbitro, y encontró el mejor que se podía desear.

Escribió a mi tía Catalina y la obligó a venir.

Yo no he hablado de mi tía Catalina hasta ahora. Era la hermana mayor de mi padre: tenía cerca de veinte años más que él. De cinco hermanos que habían sido, sólo ella, que era la primera, y mi padre, que fué el último, quedaban en el mundo. Ella había servido de madre a mi papá, que fué huérfano muy pronto; por eso conservaba sobre él cierta autoridad. Se querían mucho, y solíamos ir al pueblo de mi tía, aunque por pocos días, una o dos veces todos los años.

No había estado tía Catalina en nuestra casa desde el bautizo de mi hermana Luisa, de la que era madrina. Por eso su venida causó entre nosotros tan agradable sorpresa.

Decía mi padre que el no venir tía Catalina a vernos con más frecuencia era porque se había disgustado al no haber dado su nombre a mi hermanita por creer el nombre de Catalina algo desusado. En realidad, tía Catalina no venía a vernos por no dejar abandonadas su casa y su tienda, a las que profesaba gran cariño, y en cuya dirección era insustituible.

Tía Catalina había quedado soltera, aunque, según decían, no le habían faltado ocasiones de casarse. Tenía ciertas rarezas, como la mayor parte de las solteronas, y era muy económica, por no decir avara, lo que daba ocasión a que algunas veces mi padre la dijera :

—Tú estás careciendo de todo. No gozas apenas de la vida. ¿Es razonable lo que tú haces, escatimar los gastos de tal manera? ¿Es que quieres vivir pobre para morir rica?

—¡ Ah, tontín! —respondía ella— ; ¿no ves que yo aborro para tus hijos?

Lo cierto es que tía Catalina no perdía el tiempo. Había abierto una tiendecita en la casa misma donde mi padre y ella habían nacido. Fina e inteligente, había sabido hacerse clientela y llevaba muy bien el negocio. Poco a poco, la tienda crecía ; hubo que agrandar el local, y se convirtió en un pequeño almacén, del que se surtían otros pequeños comerciantes de los pueblos vecinos. Ella vendía de todo, mercería, calzado, drogas, especias, como acontece en muchas tiendas de poblaciones pequeñas.

A mí me gustaba mucho la tienda con su escaparate, donde los cuellos y las corbatas alterna-

ban con los frutos coloniales, y las botas de señora con las botellas de licores y vinos generosos.

Cuando nosotros, mis hermanitos y yo, íbamos a pasar las vacaciones en casa de mi tía, nos producía muy agradable sorpresa el encontrar la tienda tan ordenada y tan limpia. Aquí el molino de café, allí la balanza con sus platillos de cobre, las cajas alineadas con el nombre de las materias que contenían, el aroma tan grato del café tostado y los frascos donde se encerraban los caramelos con que alguna vez éramos obsequiados. Pasábamos a la trastienda, donde había un pequeño comedor, y hacíamos después una escapatoria al jardín, diez veces más grande que el nuestro y lleno de toda suerte de árboles frutales.

El día de nuestra llegada, tía Catalina nos permitía un paseo por el pueblo y nos daba algunas piezas de cobre por si nos ocurría tener que comprar alguna cosa. Esto, sin embargo, no lo hacía sin recomendarnos mucho que tuviéramos cuidado cómo gastábamos el dinero, porque céntimo a céntimo se marcha un capital, y siempre es un gasto inútil comprar cosas no necesarias, aunque parezcan baratas. Un banquero no habría hecho mayores recomendaciones tratándose de un capital de algunos miles de duros. Tía Catalina, sin embargo, nos quería entrañablemente, y aunque mi padre la trataba algunas veces de tacaña, bien se puede asegurar que ella era buena y tenía el mejor corazón que hubo en el mundo.

En cuanto mi tía recibió la carta de mamá, vió la gravedad del caso y se puso en camino.

No es fácil expresar aquí la sorpresa que produjo cuando, de improviso, a eso del mediodía, la vimos entrar por la puerta de nuestra casa. Mamá se puso muy encarnada. Papá abrió sus

grandes ojos: debió comprenderlo todo; pero no dijo nada. Nosotros, los pequeños, pasados los primeros momentos de estupor, nos abalanzamos hacia ella, y pronto empezamos a recibir las golosinas de costumbre.

En fin, cuando, después de habernos abrazado



—Sé hombre.

a todos, nos sentamos a la mesa, se habló de cosas indiferentes, y, terminada la comida, se mandó a los pequeños al jardín.

Tía Catalina y mis padres se encerraron en el pequeño salón contiguo. Manuela levantaba los manteles. Yo andaba de una a otra parte, sin hallar sosiego en ninguna.

A través de la puerta oíamos mi hermana y yo las palabras severas, a la par que tiernas, de mi

tía. Mi padre no hablaba apenas. Cuando salieron estaba pálido ; mi tía, menos nerviosa que al entrar ; mamá, con los ojos rojos de haber llorado.

En la misma tarde partió mi tía para su casa. Todos fuimos a la estación a despedirla.

Al tiempo de partir hizo a mi padre recomendaciones supremas.

—Piensa en ellos—le dijo, al par que mostraba a mis hermanitos—. Piensa en tu mujer. ¡Piensa en tu pobre padre, que era tan trabajador, tan bueno, que te amaba tanto ! ¡Y sé hombre ! ¡ Sé hombre ! ¡ No es esto lo prometido ?

—Eso es lo prometido—respondió mi padre—, y yo te aseguro que lo cumpliré. Vete tranquila.

Ellos se abrazaron. Después nos fué besando a todos.

Era la última vez que tía Catalina había de venir a nuestra casa. Tres meses después, un ataque de apoplejía la dejó enteramente inhabilitada del lado izquierdo. Siguió dirigiendo su comercio ; pero ya no pudo salir de casa hasta su muerte. Una criada fiel que la quiso como a una madre la llevaba en una silla de ruedas de la cocina a la tienda, de la tienda al comedor.

¡Pobre tía Catalina !



*Los efectos de una visita.**4 de marzo.*

La visita de tía Catalina hizo una impresión profunda en el ánimo de mi padre. Durante dos meses enteros no hizo sino cortas y raras visitas al café y a la taberna. Hasta en su salud se notaba mejoría.

Manuela encontró una colocación como doncella en una buena casa de la ciudad. Las veinte pesetas mensuales que ganaba las entregaba enteras a mamá. Las menudas propinas que recibía le bastaban para sus pequeños gastos, y su dueña, que estaba muy contenta de ella, le daba también ropas apenas usadas, que le permitían vestirse bien y a poca costa.

La tranquilidad volvía a nuestra casa. Mamá quiso que mi padre se comprara un traje nuevo. A mí se me hizo otro. En fin, mamá fué haciendo vestidos a los niños con las ropas que Manuela le enviaba.

Por un momento pudimos creer que el enemigo estaba vencido y había abandonado nuestra casa.

El bienestar y la dicha volverían a reinar entre nosotros. Por fortuna, todavía estábamos a tiempo de mirar el porvenir de frente y dar al olvido lo pasado. Mi padre hizo blanquear la fachada de la casa, y él mismo, en ratos perdidos, arregló el jardín.

Desgraciadamente, papá no perseveró en sus buenos propósitos.

Su antigua pasión le ha ido reconquistando poco a poco. Ha comenzado, solapadamente en un principio, sin miramientos después, a frecuentar la taberna y renovar las amistades con sus viejos camaradas, por algún tiempo abandonados. El enemigo le ha cercado y ha venido la derrota. La pasión por la bebida le atormenta, le subyuga, se ha apoderado de él en cuerpo y alma. ¡Que desgracia!

Mi pobre padre me hace el efecto de un nadador que habiendo luchado largo tiempo contra la corriente, pierde de pronto sus energías y se abandona a las ondas, cuando ya se aproximaba a la orilla, cuando los juncos inclinándose hacia él, semejaban una mano que venía a salvarle.

Pero le ha faltado energía y le ha faltado en el momento que le era más necesaria.

Yo he oído de algunos bebedores que han tenido fuerza de voluntad para resistir, para sobreponerse y triunfar de la pasión. ¡Ah, pero mi pobre padre no tendrá ese valor, ese coraje para romper de una vez con la pasión que le domina.

Y tía Catalina, enferma, no podrá venir a darle una segunda reprensión. ¡Qué desgracia!

De poco tiempo a esta parte mi padre ha decaído mucho. Yo no puedo mirarle sin sentir una profunda tristeza. Es aún joven y parece envejecido. A la par que su vigor va perdiendo su memoria. No es la sombra de lo que era hace tres años. ¡Pobre padre mío!

Algunas veces pienso en aquellos días no lejanos en que éramos tan felices y casi me saltan las lágrimas. Era mi padre tan fuerte, tan trabajador, tan bueno, nos amaba tanto... Y nosotros le queríamos con toda nuestra alma... ¡Oh qué tiempos aquéllos!

Hoy los pequeños andan mal vestidos y peor

alimentados. Mamá se asusta del porvenir. Yo tiemblo por mis hermanitos. Sólo mi padre parece desentenderse de todo lo que no sea su pasión funesta.

Todas las noches viene tarde. Los pequeños ya están acostados. Yo me quedo con mamá, acurrucado en un rincón de la cocina, muerto de frío. Cenamos sin hablar apenas, porque mamá parece ensimismada y sin apetito. En vano yo le hablo y le animo : ella come sin afán, sin gusto. Diríase que come maquinalmente, por comer, por no dejarse morir, por sus hijos.

La cena de papá se pone al lado del fuego para que la encuentre caliente cuando venga.

Algunas veces mamá llora, y tengo yo que consolarla.

—No llores, mamá. No llores. Yo no quiero verte sufrir. No quiero que llores. Papá vendrá en seguida.

Yo me meto entre sus rodillas, como si fuera un niño de pocos años ; levanto mis brazos a su cuello y la beso en las mejillas y en la boca con entrañable amor, y ella me estrecha fuertemente contra su corazón, suspirando tristemente.

—¡Pobre mamá—le digo—, no llores tú delante de tu hijo ! Yo soy ya fuerte ; dejaré la escuela, me pondré en un taller, ganaré pronto un buen jornal, te traeré dinero, todo el dinero que gane, mucho dinero para tí y para mis hermanitos, y cuando en casa haya comodidad y vivamos bien, atraeremos a papá, y papá estará con nosotros, y viviremos en nuestra casa dichosos, como lo fuimos.

Pero mamá sigue llorando, como si no quisiera ser consolada.

La lección para mañana.

16 de marzo.

Esta tarde nos han dado en la escuela una lección sobre el alcoholismo. que me ha interesado vivamente. Para mañana tenemos que llevar un extracto de ella conforme al programa señalado.

He aquí mi trabajo :

SOBRE EL ALCOHOLISMO

Indicaciones.—El alcohol ejerce una acción funesta :

1.º Sobre el estómago, que se dilata con la bebida, se reblandece y altera, dando origen a diarreas pertinaces, a cólicos dolorosos y a la formación de úlceras y tumores malignos.

2.º Sobre la sangre, que, penetrándola con gran rapidez, altera sus glóbulos, impide la nutrición de los órganos y produce debilidades y anemias que aceleran la muerte.

3.º Sobre los pulmones, que los irrita y congestiona, produciendo catarrros contumaces y predisposición a la tisis.

4.º Sobre el sistema nervioso, que lo excita, produciendo irritaciones y reblandecimientos fatales.

5.º Sobre la generación, pues los hijos de los alcohólicos suelen heredar los vicios de sus padres y son con frecuencia seres entecos y raquíuticos, y muchas veces idiotas y maniáticos.

Mas con ser tan funesta la influencia del alcohol en la salud, aun lo es más en el orden moral :

El alcohol debilita la memoria, incapacita para juzgar, arruina las energías, degrada al individuo, lleva el desorden y la miseria a la familia y provoca la degeneración de la raza. El alcoholismo es una plaga funesta para la humanidad ; es causa de muchas enfermedades y de multitud de crímenes y delitos.

Ejercicios de preguntas.—¿ Por qué es funesta la influencia del alcohol en el individuo? Porque altera su salud y le hace perder la dignidad e independencia.—¿ Qué efectos produce el alcohol en la familia? Aumenta los gastos, mata el ahorro, engendra la miseria y las disensiones domésticas.—¿ Trascienden los efectos del alcohol a los hijos? Sí ; los hijos del alcohólico suelen heredar todos los vicios del padre y otras predisposiciones funestas.—¿ Por qué se dice que un alcohólico es un viejo prematuro? Porque envejece pronto.—¿ El alcohol es un enemigo del hombre? Lo es, y de los más terribles, porque se presenta agradable e insidioso en un principio, y luego se impone egoísta y cruel, avasallador y tiránico : el hombre que se deja dominar por él es hombre perdido.

Lectura.—Léase con la debida expresión la siguiente historieta de un borracho :

« Sentado en el santo suelo, con el sombrero torcido y los ojos extraviados, hallábase una tarde un pobre obrero en la esquina de una calle poco frecuentada.

Algunas personas que pasaron por allí le miraron y se rieron, diciéndole cuando más : ¡ Vaya una curda !

Una mujer más prudente se acercó a él y le dijo :
—¿ Qué haces así ?

—¿Qué hago?—contestó el borracho—. Están dando vueltas las casas a mi alrededor, y estoy esperando que pase la mía para meterme dentro.

Lejos de reirse, la buena mujer le levantó compasiva, y, aunque con algunas dificultades, le condujo a su casa.

Moraleja: La embriaguez rebaja a los hombres a la condición de bestias.

Máximas.—El alcohólico bebe, porque ha perdido la razón, y pierde la razón porque bebe.—En el fondo de la copa de alcohol están la enfermedad, la miseria y la muerte.—¿Quieres aborrecer la borrachera? Mira a un borracho.—El placer de la bebida entra disimuladamente; el vicio de beber llega a dominar al más fuerte.—La taberna es la antesala del presidio.—Por la embriaguez pierde el hombre la estimación y dignidad de sí mismo.—El esclavo del vicio ha perdido su libertad e independencia.—Cuando el hombre se embriaga y pierde la razón, no hay bestia que se le iguale.

Propósito.—No beberé jamás licores espirituosos que me puedan embriagar. No entraré jamás en una taberna.

La lección ha sido para todos, pero en la manera de mirarme el maestro pienso que estaba dirigida a mí muy especialmente.

No sé si mis compañeros sabrán algo de mi padre. Lo que sé es que en algunas ocasiones me sentía subir a la cara oleadas de vergüenza y que debía de estar encendido.

La lección ha sido terrible. Seguro estoy de que no la olvidaré en la vida, y de que sabré absterme.

¡Si pudiera lograr que mi pobre padre se abstuviera!

*He cumplido con mi deber.**3 de abril.*

Es en vano que yo me acueste esta noche. Por más que hiciera no podría dormir. Me siento a la vez pesaroso y satisfecho: pesaroso, porque he disgustado a papá; satisfecho, porque creo haber cumplido como buen hijo, porque he obrado como un hombre. ¡Ah, si yo lograra volver a mi papá al buen camino, aunque le causara algún disgusto!

Nos cansábamos de esperar, y no venía. Mamá sollozaba tristemente. ¿Qué había de hacer yo? He cogido la gorra y, saliendo resueltamente, le he dicho: —Mamá, no llores. Yo voy a buscar a papá. Voy a traerle.

Mamá, viendo mi resolución, me ha abrazado. En ese abrazo me ha comunicado yo no sé qué fuerzas desconocidas. Yo me sentía capaz de todo.

He partido hacia la ciudad. En el camino hay una taberna, donde he visto entrar a mi padre algunas veces. He abierto la puerta y he entrado. Sentía cierta repugnancia y miedo: el corazón me latía fuertemente.

Pero quitándome la gorra y avanzando con resolución he llegado al mostrador, donde una muje llenaba vasos.

—Yo soy José Velázquez—le he dicho—. ¿Quiere usted decirme si ha venido por aquí mi padre?

La tabernera, mirándome con curiosidad, me ha contestado, después de pasear una mirada circular sobre los concurrentes:

—No, tu padre no ha venido esta noche.

Una voz de hombre se ha levantado entonces de uno de los rincones de la pieza.

—Tu padre—decía—debe estar en el café de La Concordia, allá en lo último de la calle. Ve a ver: allí se reúnen muchos esta noche, y estoy seguro que lo encontrarás.

Me he ido a La Concordia, donde había mucha gente; pero de allí me han enviado a otros sitios, y he recorrido no sé cuantos cafés y tabernas sin hallarle.

Por fin, he entrado en una taberna que se me había indicado. La pieza era grande. No habría menos de cincuenta bebedores sentados alrededor de varias mesas. El espectáculo ha quedado para siempre grabado en mi memoria. Los hombres se agitaban como sombras, envueltos en una densa capa de humo. No he tenido tiempo apenas de recoger mis impresiones. He sentido como un golpe en el corazón al oír la voz de mi padre que vibraba en el fondo de la sala, dominándolo todo. No he podido entender lo que decía: sólo palabras aisladas he podido conservar en la memoria: «La tiranía de los burgueses..., la huelga general..., la explotación del pueblo..., etc., etc.» Cada frase levantaba entre los oyentes murmullos de aprobación, salvas de aplausos.

—¡Muy bien, Velázquez! ¡Así se habla! ¡Tú tienes razón!

Embriagado mi padre, tal vez más por los aplausos que por la bebida, seguía su peroración, y continuaban las aclamaciones.

Sobrecogido por el tumulto, yo no sabía qué hacer. Aquellos aplausos me hacían daño. Pensé en huir.

Repuesto después, al acordarme de mi madre que lloraba, he seguido derecho adonde estaba mi

padre. El, sin embargo, no me ha visto llegar, porque ha continuado hablando. Cuanto más me acercaba a él y oía más claras sus palabras iba sintiendo más miedo, casi me hacían temblar. ¿Por qué? ¿No soy un hombre?

Al fin, me ha visto. Me ha visto y se ha turbado.



—Así se habla.

Me he acercado a él y le he dicho al oído, muy bajo, para que él solo lo oyera :

—He venido a buscarte. ; Vámonos!

Ha apurado su vaso sin decir una palabra y me ha seguido. Al salir, uno de los bebedores le ha gritado :

—¿Es tuyo ese muchacho, Velázquez? Tiene un

aire gallardo. Convendría que le trajeras de vez en cuando por aquí para que aprenda a vivir.

Mi padre no ha respondido.

Cuando ya estábamos fuera me ha preguntaço ansioso :

—Y bien, Pepito, ¿qué novedad hay?, ¿qué sucede?

—Hay que tú no volvías, y mamá lloraba. Yo no puedo ver que mamá llore, y he venido a buscarte.

—¿Nada más que eso? ¡Oh! tu me has hecho un mal servicio; es una vergüenza para mí abandonar la reunión de esta manera. Yo espero que no se repetirá.

—Padre—le he dicho con entereza—, se repetirá cada vez que a estas horas de la noche no hayas vuelto a casa.

—¿Y si yo te lo prohibiese?

—Me costaría mucho trabajo obedecer. Creo que a pesar de todo vendría, porque yo no puedo consentir que mientras tú estás en la taberna mamá en casa no cese de llorar. Ella se está aniquilando, acabará por morirse...

El llanto no me ha permitido continuar.

Mi padre también se ha enternecido, y me ha dicho cogiéndome la mano :

—No llores, Pepito; tú eres un buen hijo, pero no conoces bastante la vida. No la conoces del todo. Los hombres que han trabajado todo el día tienen derecho a un descanso, a una distracción, necesitan divertirse un poco. Las mujeres no lo entienden así, y ellas lloran. Ese es su papel. Lloran para quejarse, lloran para pedir: dijérase que las armas de las mujeres son sus lágrimas. Cuando tú seas mayor comprenderás bien todas estas cosas.

—Yo no quiero comprenderlas así, ni querré nunca. Mi madre es digna de más consideraciones.

Ha callado unos minutos. Después ha proseguido :

—Al fin, bien pudiera suceder que tuvieras algo de razón ; pero ya es tarde para retroceder. Yo te lo ruego : otro día no vuelvas a buscarme. Es inútil. Mis compañeros se burlarían de mí. Perdería la autoridad que tengo sobre ellos. Lo que te prometo es no retirarme otra noche tan tarde. Por tu madre, por ti...

En esto hemos llegado a casa.

Yo no sé si he obrado bien o mal. Lo cierto es que he estado más sereno de lo que creía, que he procurado no herir en lo más mínimo la dignidad de mi papá, y que ha reconocido que tenía razón al obrar así. Siento dentro de mí algo que me dice que he cumplido con mi deber.

Ahora ya puedo acostarme. He desahogado mi corazón escribiendo estas líneas y dormiré tranquilo.



La previsión y el ahorro.

9 de mayo.

Muchas veces he leído en la escuela el pasaje de los «Sueños de Faraón»; pero nunca pensé que entrañara las provechosas enseñanzas que de él ha deducido el maestro.

Sin duda que aquello de «las siete vacas gordas y las siete vacas flacas» tiene muchas veces aplicación en la vida y es un excelente aviso para las familias previsoras. Que el período de escasez suele seguir fatalmente al período de abundancia.

Durante los años de prósperas cosechas, el rey de Egipto hizo almacenar el trigo sobrante, y así, cuando vinieron los años de hambre, el pueblo tuvo pan que comer.

Las gentes de hoy día, y especialmente la clase obrera, no se muestran generalmente tan previsoras como el Faraón de Egipto. En la época de abundancia gastan y derrochan, sin acordarse de ahorrar lo que pudiera sobrarles, poniéndolo a buen recaudo, para si hay que afrontar reveses de fortuna, en los graneros públicos de la época moderna, que se conocen con el nombre de *Cajas de Ahorros*.

Se vive generalmente al día, sin acordarse del mañana. Cuando hay de qué se gasta sin miramiento alguno; y cuando llega el tiempo de la escasez no saben adonde volverse, y tienen que acudir al préstamo, que es el principio de la ruina. Tal vez no sólo se ha gastado el dinero superfluo,

sino que se han creado nuevas necesidades, costosos vicios, imposibles de satisfacer.

—¿Quién duda—decía nuestro maestro—que es sumamente fácil apartarse cada día una parte de lo superfluo, cuando se tiene buen salario, pensando prudentemente que pueden venir paros forzados, huelgas, enfermedades, que si no tenemos algo de repuesto nos lleven a la miseria? ¡Oh, hijos míos, no es sólo obra de prudencia, sino obra eminentemente moral, el que cada uno de nosotros se asegure durante la juventud contra la incapacidad de la vejez, que es el tiempo en que frecuentemente suelen presentarse las vacas flacas!

Verdaderamente, la previsión y el ahorro son dos virtudes sociales de grandísima importancia, y hoy no debemos limitarnos a guardar como la hormiga mientras la cigarra canta. Hoy hay medios para guardar, y, lo que es mejor, haciendo producir a lo mucho o poco que se guarde.



*Desgracia tremenda.**10 de mayo.*

Terminaba yo de estudiar esta tarde mis lecciones para la clase de mañana. Era al punto de anochecer.

Había empezado a recoger mis cuartillas, y mamá daba de cenar a mis hermanitos para acostarlos.

De pronto, mirando por la ventana, he visto que una sombra venía en dirección de nuestra casa.

—¡Papá!—he gritado.

Mamá se ha vuelto vivamente, y como si no le diera buena espina la llegada tan temprana de papá, ha meneado tristemente la cabeza.

Nadie esperaba a papá tan temprano. Hacía mucho tiempo que no venía hasta bien avanzada la noche. Y hoy volvía antes de la hora en que daba de mano a su trabajo. ¿Qué novedad es ésta?

Papá llegó a la puerta de casa, donde se limpió el barro de los zapatos, según tenía por costumbre. Lo que pienso es que allí se ha detenido más de lo ordinario. Evidentemente estaba preocupado. Parece que no se atrevía a franquear el umbral de la puerta.

Nosotros estábamos ansiosos. Nadie se atrevía a salir a su encuentro. Teníamos la vaga intuición de una desgracia, y dilatábamos instintivamente el momento de conocerla.

Mamá, como si ella hubiese querido ganar tiem-

po, se puso a encender el quinqué. Estaba apenas encendido cuando entró papá.

Viviera yo mil años, y no se me olvidaría nunca aquel momento solemne, en el cual la silueta de mi padre apareció en las sombras del pasillo para entrar en la cocina.

Tenía un gesto indefinible de contrariedad y de angustia, de tristeza y de remordimiento, una expresión terrible que parece llevo aun grabada en el alma.

Nos miró a todos rápidamente, después avanzó hacia mamá, y, cosa que desde hacía mucho tiempo no había hecho, la abrazó. El tenía el corazón acongojado y se esforzaba visiblemente en detener las lágrimas.

Se sentó, y de golpe rompió en sollozos.

Yo no había visto jamás llorar a mi padre, y el espectáculo me enterneció más de lo que pudiera decir. Una mujer que llora es lastimoso, y se la compadece. Mas la mujer, al fin, es fácil a las lágrimas, y en ella parecen naturales. El hombre que llora, por el contrario, tiene algo de extraordinario, algo de trágico. Hay en sus sollozos una declaración de propia debilidad y de suprema angustia: es la fuerza que se declara vencida.

Toda mi sangre se agolpó en el corazón cuando vi a mi padre llorar. Tuve miedo. Temblaba como una hoja.

Mamá comprendió que mis hermanitos estaban allí de más, y ella misma se encargó de acostarlos. Cuando descendió a la cocina, aproximándose a mi padre, le dijo:

—¿Por qué lloras, Juan? ¿Qué es lo que tienes?

Mi padre respondió una sola palabra:

—¡Perdóname!

Después se puso a sollozar nerviosamente. Poco a poco fué calmándose, y entonces nos contó que

el director, en vista de lo mal que iban los negocios, había tenido que disminuir el personal de la fábrica. y él era uno de los despedidos. En mucho tiempo, en razón de la crisis por que se atravesaba, no podría encontrar colocación ventajosa.

Por primera vez, mi padre parece que se daba cuenta exacta de la situación. Reconocía, al fin, que su funesto vicio de la bebida nos había conducido a todos al lastimoso estado en que nos hallábamos. Si él hubiera sido tal como otras veces, seguramente no se le habría despedido, porque, serio, puntual, inteligente, celoso, tenía todas las buenas prendas que hacen a un contramaestre modelo. Mas ahora que se había hecho negligente, que con frecuencia llegaba tarde al trabajo y solía faltar todos los lunes a la fábrica, lo extraño era que no hubiera sido antes despedido.

De pronto se levantó y prometió a mamá con sincera energía corregirse para en adelante, pidiéndole nuevamente perdón.

—¡ Oh, Felisa mía?—dijo mi padre con extraña ternura—. ¿ Me perdonas el daño que os he hecho, la pobreza que nos oprime solamente por mis vicios?

Mamá le ha perdonado de todo corazón.

Después me puso a mí entre sus rodillas y preguntó :

—¿ Me perdonas tú, mi querido Pepito? ¿ Me perdonas tú también las lágrimas que le he hecho verter a mamá? ¿ Me perdonas...?

No le dejé continuar. Yo no tenía nada que perdonarle. ¿ Por ventura pueden tener los niños algo que perdonar a sus papás? Muchas veces yo le había compadecido. Pero acusarle... nunca.

Cuando la crisis de lágrimas se calmó, mamá se puso a animar a papá del mejor modo que pudo

y le recomendó que empezase a buscar trabajo sin tardar.

En cuanto a mí, fué acordado que dejara la escuela desde el día siguiente. Yo estoy orgulloso de pensar que, al fin, voy a contribuir con mi trabajo, con mis pobres recursos, al sostenimiento de



—¿Me perdonas?

la familia. ¡Qué alegría he de sentir cuando pueda entregar íntegra la quincena a mi mamá!

Cuando me lo dijeron casi me avergoncé, me puse rojo de contento, y mi padre me abrazó.

—Ah—decía—, tu eres un buen hijo. Y reía y lloraba al mismo tiempo.

¡Cosa extraña! En la sobreexcitación del momento, se hubiera dicho, no que nos oprimía una desgracia, sino que un fausto suceso había sobrevenido a la familia,

El presentimiento de una desgracia es frecuentemente más penoso que la desgracia misma.

La obsesión había desaparecido, y nosotros nos hallábamos fuertes y unidos ante la adversidad.

Hacía mucho tiempo que papá no se había mostrado tan cariñoso. Yo saboreaba un dulzor indefinido, como se debe gustar al retorno de un ausente.

Nunca papá nos había abierto tan francamente el corazón. El prescindía de nosotros. Más allá



... fué besándolos.

de su vida exterior vivía otra en sí mismo, de la que desconocíamos los secretos. La bebida le tenía trastornado.

Anoche, sin embargo, se franqueó tanto, que su corazón fué para nosotros, para nosotros solos. Mamá y él cruzáronse palabras cariñosas que en nuestra casa no se habían escuchado hacía mucho tiempo. Hasta las paredes debieron estremecerse de gozo al reproducirlas con sus ecos. Fué la de anoche una reunión ideal, íntima, intensamente familiar. ¡Un ángel de amor parecía acariciarnos deliciosamente con sus alas!

Y no concluyó con esto. Subimos los tres al dormitorio. Papá quiso entrar a dar un beso a mis hermanitos. Entró de puntillas para no despertarlos. Mamá, detrás de él, alumbraba con una bujía.

Los pequeños dormían. Luisita, desde que se fué Manuela, dormía sola en su cama; en la otra, que era muy grande, estaban mis otros tres hermanitos. Paquito en medio, bajo la protección de los dos hermanos mayores.

Papá los contempló largo rato.

—¡Cómo duermen los pobrecitos! ¡Son dichosos porque no saben lo que les espera!

Después fué besando dulcemente a todos en la frente. Ninguno despertó, salvo Germán, que abrió sus grandes ojos y poco después los cerró sin decir una palabra.

Salimos en seguida y nos fuimos a acostar.

Yo no he podido dormir pensando en que voy a dejar la escuela. No lo esperaba tan pronto.



*Seré aprendiz de carpintero.**12 de mayo.*

Sólo al día siguiente, pasada la sobreexcitación del momento, hemos podido comprender la extensión de nuestra desgracia.

Nos encontramos casi agotados todos nuestros recursos. No tenemos más que la quincena que papá había tomado adelantada en la fábrica. Por otra parte debemos seis meses de alquiler de casa, y estamos amenazados de un desahucio si para fin de mes no le pagamos al casero. Y al fin de mes podemos contar con las veinte pesetas de Manuela, ¡y nada más! Es menester ponerse a buscar inmediatamente una colocación para mí y un empleo para papá. El caso no consiente espera.

La casualidad quiso que se me presentase una ocasión inesperada. De tan pequeñas cosas depende a veces el porvenir.

Había yo ido a la escuela para despedirme de mis camaradas. Pero antes quise entrar en el cuarto de mi maestro.

—¿Es qué tienes alguna colocación?—me dijo.

—Voy a buscarla—contesté.

—¿Te has fijado en algún oficio determinado? ¿En qué preferirías tú trabajar?

Yo, a la verdad, no había pensado en semejante cosa. Mi propósito era empezar a ganar algo con que pudiera ayudar a mi familia.

Mi maestro, paseando por la sala, parecía como

si hiciera esfuerzos de memoria para recordar algún encargo.

Luego, deteniéndose ante mí, me ha preguntado :

—¿Te gustaría ser carpintero?

—Sería mi mayor placer—he respondido.

—Entonces, esta tarde asistirás a clase, y a la salida te daré una carta de recomendación para un amigo carpintero, que hace pocos días necesitaba un aprendiz. Si la plaza no está ocupada, cuenta que entrarás en su taller.

Hemos bajado a la escuela. A la terminación de la clase, puestos en línea todos los niños alrededor de la sala, el maestro nos ha hablado así :

—Queridos niños : la escuela viene a ser la antesala de la vida. Venís aquí a aprender a disponer para luchar con éxito después en el mundo. Cuando estáis preparados os vais, como vuelan los pájaros del nido en cuanto sus alas han alcanzado fuerza suficiente para volar. Hoy se va Pepito. Decidle adiós. Y tú, Pepito, no nos olvides. Aquí dejás muchos y buenos amigos.

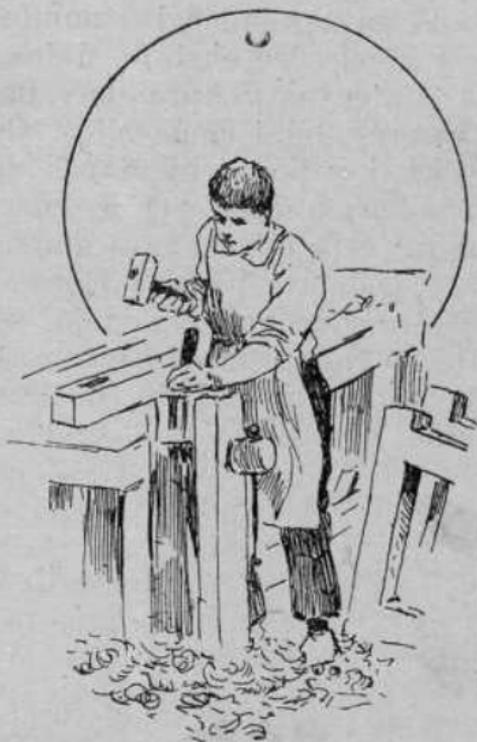
La carta de recomendación de mi maestro ha dado un resultado excelente. La plaza no estaba provista aún. Se buscaba un aprendiz, un joven de quince o diez y seis años, dotado de alguna instrucción, que pudiera, después de las horas de taller, poner en limpio cada día la contabilidad de la casa.

Yo era demasiado joven ; pero las buenas referencias de mi maestro le han hecho al que va a ser mi jefe tomarme sin vacilar. Voy a ser carpintero : ya soy aprendiz.

Verdaderamente, la plaza me viene como anillo al dedo. Aprenderé un oficio que me gusta mucho ; me ejercitaré en los conocimientos de contabilidad que he aprendido en la escuela, y, lo que

es mejor, practicaré seriamente, disponiéndome para cosas de mayor empeño. Esto no me privará de asistir por la noche a una academia ni de escribir antes de acostarme las impresiones del día, según tengo por costumbre.

En fin, desde mañana entraré como aprendiz en casa del Sr. Hernández de los Ríos con un salario inicial de quince pesetas mensuales y pro-



... de aprendiz en una carpintería.

mesa de que me será aumentado al fin de trimestre si me porto bien. De que haré cuanto pueda por complacerle no tengo duda. Veremos si acierto a darle gusto.

¡Quién había de decírmelo! Ayer era un niño

de la escuela : desde mañana iré al taller. Ya estoy colocado. Verdaderamente ha sido un triunfo : tan pronto lo he pretendido como lo he logrado. Podía decir, parodiando a César : vine, pretendí y logré. Pronto seré un oficial de carpintero.

Quiero ser un aprendiz modelo. Seré puntualísimo por la mañana, para tener todo limpio y ordenado cuando vengan los oficiales ; pondré muchísimo cuidado en aprender los nombres de las herramientas y obedeceré en todo a los mayores, para tenerlos contentos y aprender. Pasarán algunos años, y seré oficial como ellos. Ganaré entonces buen jornal y podré ayudar a mis pobres padres y a mis hermanitos. ¿Quién me dice que no puedo comprar esta misma casa que habitamos, y que ahora no podemos pagar? Entonces, ¡ah!, entonces mi padre, que ya será viejo, se quedará tranquilamente en casa, sentado junto al fuego, y mi madre, que estará a su lado, no llorará más.

Desde mañana, al taller.



Mi padre no encuentra trabajo.

16 de junio.

No ha tenido papá tanta suerte como yo para encontrar colocación. Ha ido de una parte en otra muchos días, y llegaba a casa por la noche desesperado y rendido.

Y es que a él, contraamaestre metalurgista, le repugnaba tomar la primera cosa que se presentase. Esperaba, sin duda, a pesar de todo, hallar en la industria del hierro, que es lo que él conoce, una colocación decorosa. No podía resolverse a coger un pico, por ejemplo, y ser un simple minero.

Mamá piensa como él, y los demás, a pesar de la necesidad en que nos hallamos, creo que sufriríamos una gran contrariedad si viéramos a papá ocuparse en un bajo oficio, después de haber gozado excelente reputación de contraamaestre. En fin, para evitar lo que consideraríamos como la última desdicha, reducimos todo lo posible los gastos, nos contentamos con lo estrictamente necesario, con lo indispensable para no morir.

Pero a pesar de nuestros sacrificios, los recursos se agotaron. Llegó el fin de mes, y mamá tuvo que pasar por la vergüenza de pedir fiado en la panadería y en la tienda.

Yo tuve una satisfacción en medio de tantos pesares. El día 1.º del mes traje a mamá la primera quincena de mi salario, que pasó íntegra a pagar en la panadería los gastos de una semana.

También fueron al tendero las 20 pesetas de Manuela.

¡Oh, que pesadumbre! Aquellos días fueron terribles. Mamá nos ocultaba sus angustias. Pero con catorce años cumplidos yo las comprendía perfectamente. Qué de equilibrios, qué de ingenio necesitaba para dar de comer un mes entero a siete personas con un ingreso menor de treinta pesetas. Ella decía siempre que no tenía hambre. También Papá se privaba de algunos bocados porque mis hermanitos comieran. ¡Por qué duras pruebas pasamos en estos días!

Papá seguía buscando trabajo sin conseguirlo. Todo el día se lo pasaba fuera de casa. Cuando venía algunas noches traía los ojos alegres, y aunque él se esforzaba en disimularlo, se le conocía que había bebido. Sin duda en los sitios donde había sido parroquiano años enteros, ahora le fiaban. Y el desgraciado bebía para engañar su estómago que desfallecía, y alegrar su corazón atribulado.

Ello tenía que suceder. El hambre llegó y en nuestra casa no había un céntimo con que afrontarla. Mi padre comprendió entonces que todo respeto humano sería criminal. En tan apurado trance, se echó a la calle a buscar, no importaba qué, algo que le permitiera sostenernos, algo que nos permitiera vivir, y pudo encontrarlo.

Después de muchos días de vagar, papá se colocó en una fábrica, como ayudante de fragua. Pudo evitar lo que consideraba como una humillación suprema el tener que trabajar en el fondo de una mina; pero la colocación no podía satisfacerle. Ganaba tres pesetas de jornal, el pan para los suyos..., a condición de no volver a beber.

Por algún tiempo pudo abstenerse. Yo recuerdo los esfuerzos que hacía en su casa para no beber, las violencias a que se sujetaba para no pasar por

la puerta de la taberna ; pero, al fin, se rindió. Papá tenía un gran peso en el corazón. Sufría en su orgullo de obrero superior, de contraamaestre,



... ayudante de fragua.

obligado a unos menesteres indignos de él. El quería olvidar, quería adormecer sus penas, quería ahogar aquella tristeza que le devoraba. Y bebía, tal vez como no había bebido nunca.



*El plazo vence mañana...**3 de septiembre.*

Los apuros que pasa mi madre para pagar con tan pocos recursos los recibos que le presentan a fin de mes me recuerdan un cuento que refirió algunas veces el maestro en la escuela hablando de la previsión y el ahorro.

«Hay—nos decía—un diablillo que viene con fecha fija a atormentar a los hombres, quitándoles el sueño. Este diablillo lleva gorra galoneada y un traje azul con botones de cobre, semejante a los ordenanzas.

En las noches oscuras, al débil titilar de las estrellas; en las claras noches, al pálido lucir de la luna, se ve algunas veces el diablillo que corre por los aleros de los tejados, se escurre por las chimeneas, penetra en las casas, tal vez a través de las paredes, como un fantasma, y va de cama en cama desvelando a los mortales.

Este diablillo es el fantasma del vencimiento, del fin del plazo, que sacude en su cama a las pobres gentes que duermen, para decirles con su voz seca y severa:

—¡Vamos!, ¡vamos! ¡Soy yo, abrid los ojos! ¿Todavía tenéis valor para dormir con pretexto de que es de noche? ¿No sabéis a cuántos del mes nos encontramos? Estamos a treinta, mi querida señora; estamos a treinta, mi querido señor. Es menester pagar mañana. ¿Tenéis preparado el di-

nero? ¿Dónde están las monedas que no suenan?
¿Dónde las tenéis escondidas que no las veo?

La buena mujer y el pobre señor se desperezan, abren los ojos y no ven nada. El diablillo se ha marchado; ha corrido a llevar a otros su advertencia fatídica.

—¡ El plazo!, ¡ el plazo! ¡ Mañana acaba el plazo! ¿ Tenéis ya dispuesto el dinero para pagarlo?

Entre los desvelados por el diablillo hay algunos que se vuelven a dormir. Estos son los que no temen el término del vencimiento, porque tienen en su caja el dinero preparado. Pero hay otros muchos que se desvelan y ya no pueden conciliar el sueño. Estos infelices dan vueltas y vueltas sin poder dormir. Desvelados discurren en medio de la oscuridad de la noche; desvelados los coge el alba cuando besa con sus rayos los cristales de los balcones. Un sudor frío inunda su frente, y en vano se devanan los sesos buscando una contestación a las preguntas del diablillo.

En cuanto a aquellos hombres desordenados y manirrotos, aquéllos que gastan cuanto ganan, lo juegan o lo beben, éstos duermen sin sentido, y cuesta trabajo arrancarlos de su profundo sueño. A su lado, su mujer desvelada, sufre viendo fantasmas, y si se queda traspuesta tiene semejantes pesadillas:

—¡ Vamos!, ¡ vamos! Que mañana vence el plazo.

—¡ Ah! ¡ Demasiado lo sé que mañana vence!

—¡ Cinco duros! ¿ Lo sabe usted? ¡ Cinco duros!

—¿ Y de dónde los he de sacar, Dios mío?

—Eso a mí no me importa; pero hay que sacarlos.

—En mi casa no hay un céntimo.

—Se busca.

—No queda un bocado de pan que llevar a la boca.

—Eso no es cuenta mía.

—¡ Los niños se mueren de hambre !

—Todo eso es muy triste. ¿ Pero qué quiere usted? Yo le anuncio el vencimiento del plazo, ese es mi oficio. El vencimiento se acerca por sus pasos, corriendo con el tiempo, y yo vengo fatalmente a anunciarlo, con la regularidad de una aguja de reloj que marcha sobre las horas...

—¡ Ah ! ; Nosotros sabemos todo eso ! ; Lo sabemos demasiado !

—Entonces, ¿ por qué no lo habéis previsto? ¿ Por qué no habéis ido depositando uno tras otro en el cajón, los cinco duros?

—¡ Ah !

—¿ No responde usted? Yo voy a decírselo. Si no hay dinero en el cajón no es porque no se haya ganado, sino porque se ha bebido. Las pesetas han tomado el camino del café o de la taberna. Se han liquidado convirtiéndose en coñac, en aguardiente, en vino. Después de todo, a mí no me importa nada. Vengo sólo a dar el aviso. ¿ Pero desgraciado del que deba la casa y no tenga a fin de mes con que pagar al casero ! ; Y el fin de mes es mañana !

—¿ Dejarás de atormentarme?

—Ya me voy ; pero no olvide mi advertencia».

No hay duda para mí. Mamá pasa las noches de fin de mes atormentada por la presencia del « fantasma fatídico del vencimiento » y del terrible enemigo, del alcohol, causa de todos nuestros males.

Ella no duerme. Se levanta por la mañana con los ojos enrojecidos por las lágrimas y fatigada por las continuas pesadillas. Hace seis meses que no se ha pagado el recibo del casero, y ya nos ha amenazado con ponernos en la calle. En la últi-

ma carta nos decía que era inútil solicitar nueva prórroga. ¡Y no tenemos dinero!

Yo sufro lo indecible con todo esto. No puedo acostumbrarme a la idea de que un día tendremos que abandonar esta casita tan linda, donde he pasado los risueños días de la infancia. Y, sin embargo, ello tendrá que suceder. El casero ha tenido ya harta paciencia... Y... ¿adónde iremos?

Se piensa algunas veces en recurrir a tía Catalina. Pero mi padre tiembla a la sola idea de recurrir a ella. No sabe nada de lo que pasa entre nosotros. Se le ha escrito no hace mucho, asegurándole que todo marcha bien.

Además, de que ella tiene bastante con sus males: mi padre cree que el exponerle toda la verdad de nuestra situación sería para ella un golpe fatal. Y en último término, no haríamos más que retardar un poco lo inevitable.

Pensaba mamá que tía Catalina era la suprema reserva. Que nosotros seríamos sus herederos. Pero por ningún pretexto se la debía molestar.

Y así nos quedamos, afrontando toda la adversidad del destino, no hablándole de nada, dejándonos casi morir por no turbar a tía Catalina la paz de sus últimos días...



*Nuestros bienes a pública subasta.**5 de noviembre.*

Hemos pasado días terribles: el juicio, el embargo, la expulsión... Hubiera dado mi vida por evitar a mamá tan dolorosos trances.

Viviera yo cien años, y no olvidaría aquel carro cargado con nuestros muebles, que se lo llevaban muy de madrugada a la ciudad vecina. Los muebles que vivieron con nosotros, que nos rodearon, que fueron testigos de nuestras alegrías y de nuestras lágrimas, que parecían una parte de nosotros mismos.

Los muebles parece que tienen un alma ligada a nuestra alma. Parece que me desgarraban el corazón cuando los arrancaban de su sitio para llevárselos al carro.

¡Oh, qué angustiosa tristeza velaba los ojos de mamá cuando los vió desaparecer con el carro por la última revuelta del camino! Se hubiera dicho que un muerto salía de nuestra casa. Y, ¿qué era aquel carro siniestro del juzgado sino el carro mortuorio que llevaba lejos de nosotros nuestro pasado dichoso, nuestro bienestar difunto?...

Viéndolos salir en aquella mañana yo no pensé en mi taller, ni en mi obligación, ni en nada. Salí de casa y seguí al carro de lejos, a lo largo de las calles. Cada vaivén que daba el carro tenía en mi corazón un contragolpe doloroso. Verdaderamente yo lo seguía como se sigue a un muerto.

Los muebles, al fin, fueron depositados en un

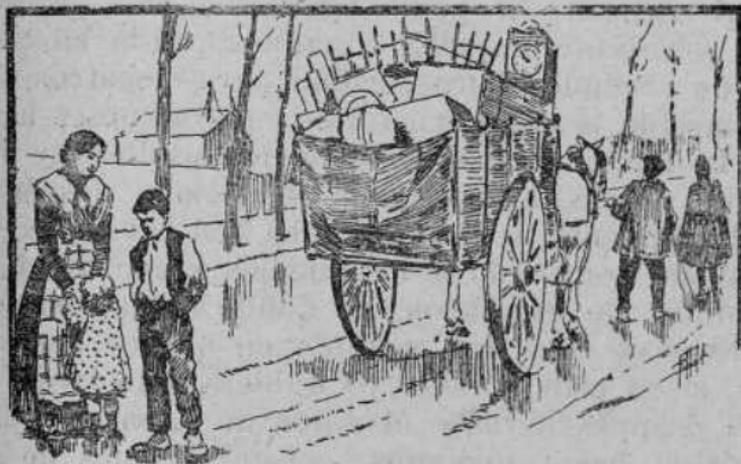
gran patio de la casa del Juzgado. Yo los envolvía con mirada cariñosa.

Pronto corrieron por el barrio voces de que se iban a subastar los muebles, y los bobalicones acudieron, y también muchos curiosos y otros amigos de gangas, que creían poder aprovechar una ocasión propicia.

Cuando se hubo reunido bastante público, el alguacil comenzó la subasta.

Primeramente se vendieron cosas de poca importancia; después se anunció nuestro vargueño.

—Un bonito mueble del siglo xvi—decía el al-



Nuestros bienes a pública subasta.

guacil—, un mueble de familia muy bien conservado. Las cerraduras están completas. Las incrustaciones, de nácar, son de modelo de arte y de buen gusto. No le falta un clavo. Es un mueble de verdadero mérito.

Pronto se apreció su valor. Las pujas subían.

—Cincuenta pesetas.

—Sesenta.

—Sesenta y cinco.

El vargueño, la gloria de nuestro pequeño salón, donde se conservaban los documentos de familia, ante el que solía sentarse papá cuando recibía las visitas, fué adjudicado por sesenta y cinco pesetas a un desconocido, a un indiferente.

—¡Una cuna—decía el alguacil—, una bonita cuna de nogal, muy sólida, casi nueva!

Las pujas volvían a subir.

—Diez pesetas.

—Once.

—¡Once cincuenta!

Cada voz lanzada por un desconocido me llegaba al corazón. No podía figurarme una profanación semejante. Aquella cuna, comprada en tiempos de verdadera prosperidad para nosotros, había mecido a mis hermanitos; pocos meses hacía que la dejaba el más pequeño. Recuerdo muy bien cuando mamá le acostaba y le dormía, meciéndole blandamente, y él se quedaba con las manecitas cerradas, sonriendo a los ángeles y acordándose, sin duda, de los cielos, de donde había venido...

¡Nuestra cuna fué vendida en quince pesetas! ¡Oh, si en esta ocasión yo hubiera sido rico!

Vi después llevarse el sillón de papá, el sillón donde él hacía una corta siesta después de comer, antes de ir a emprender su trabajo, en el verano, en tanto que nosotros salíamos al jardín para no hacer ruido ni turbar su sueño.

Por dos pesetas solamente se llevaron una corona, con flores de azahar, que papá había regalado a mamá el día de su boda. Con esta corona me pareció que se iba la juventud de mamá y los carísimos recuerdos de aquel día en que soñara con la felicidad.

Se vendió en seguida el reloj del comedor, el reloj que había sonado tantas veces marcando las

horas apacibles de otros tiempos. El timbre de su campana lo llevaba en mis oídos. Por aquel reloj nos guiábamos para las comidas, para ir a clase, para salir de paseo. En aquel reloj teníamos puesta la atención cuando por las noches papá tardaba en volver a casa... Las escenas de otras veces vinieron a mi memoria. Los suspiros subieron de repente del corazón a los labios, y rompí a llorar. Mis mejillas se escaldaban con las lágrimas.

—Un bonito reloj antiguo—decía el alguacil—. La caja es de encina esculpida. El timbre es muy sonoro (al decir esto hizo sonar el timbre). Veamos, ¿quién pone precio?

Un señor, que estaba cerca de mí, se inclinó y me dijo al oído:

—¿Por qué lloras, niño?

—Ese reloj es de nuestra casa—contesté suspirando.

Las pujas subían.

—¡Diez pesetas!

—¡Once!

—¡Quince!

—¡Quince cincuenta! — dijo el vendedor—. ¡Quince cincuenta! ¿Hay quién dé más? A la una...

—¡Diez y seis!

—¡Veinte!

—¡Veintidós!

La subasta del reloj era un verdadero éxito. Entonces una voz fuerte se levantó cerca de mí.

—¡Veinticinco pesetas!—dijo en medio de un silencio muy general.

Todo el mundo se le quedó mirando. Yo también miré. Era aquel señor que poco antes me había hablado. Dos mozos de cordel se le ofrecían para transportar el objeto. El aceptó, y cargaron.

—Vente conmigo, muchacho—me dijo—: esto es muy triste para ti.

Su voz dulce y bondadosa ejerció sobre mí una especie de sugestión. Y le seguí, sin darme apenas cuenta, detrás de los mozos que conducían el reloj.

Por el camino me preguntó mi nombre, y él me dijo el suyo: Fernando Acevedo.

Este nombre perdurará siempre en mi memoria, como el de un insigne bienhechor.

Nos detuvimos delante de una casa de elegante aspecto. Los mozos colocaron el reloj en el recibimiento, y cuando éstos hubieron partido, el señor me hizo sentar y referir las vicisitudes de mi casa.

Lo hice sumariamente, disculpando siempre a papá, como debe hacerlo todo buen hijo.

—Querido Pepito—dijo entonces mi interlocutor—, este reloj no lo he comprado para mí, sino para vosotros. Eres muy joven todavía para comprender lo que quiero decirte; pero tu agudeza y discreción pueden suplir tu falta de edad. Atiéndeme:

Vosotros estáis pasando ahora por días muy amargos. Lloráis, y con muchísima razón. Cuando el pesar oprime el corazón del hombre, justo es que dé rienda suelta a sus lágrimas. Mas nunca el dolor debe abatir al hombre que se tenga por tal. En las lágrimas debemos fortalecernos, que en el dolor es donde se templan las almas para llevar a cabo los actos grandes y heroicos. La voluntad invencible del vivir debe sobreponerse a todas las pruebas. Animo, pues, querido Pepito.

Este reloj volverá a tu casa; pero es menester que lo redimas, que lo rescates con el sudor de tu trabajo honrado. Tú ahorrarás cada semana una pequeña cantidad. Esta suma que tú ahorres

la dedicarás a consolar cualquier pena que sientas palpitar cerca de ti, como yo he sentido la tuya en lo profundo de mi corazón. En su día, tú vendrás a decirme que lo has reconquistado, y yo, bajo tu palabra, te lo entregaré con satisfacción de haber hecho, con poco dinero, un gran bien. Aplícate, hijo mío, para que este reloj pueda volver pronto a tu casa.

Ahora bien; desde hoy tienes una obligación precisa que cumplir, simbolizada en este rescate que te propongo: la reconstitución de tu hogar destruído.

Aplícate a este objeto con toda tu energía, con todo el coraje de tu juventud, con todo el ardor de tu alma, y no lo dudes, hijo mío. las alegrías del porvenir pueden hacerte olvidar las penas del pasado.

Diciendo esto, el señor Acevedo me estrechó contra su corazón, me ofreció su amistad, y dándome una caja de dulces para mis hermanitos, me despidió como si hubiéramos sido amigos de toda la vida.

Al salir a la calle no pude menos de levantar mis ojos al cielo, y exclamar:

—¡ Gracias, Dios mío!



*En un cuarto de vecindad.**7 de diciembre.*

Al día siguiente debimos dejar nuestra casa. La casa que tantos años habitamos y de la que habíamos sido despedidos por no poder pagar al casero.

Los muebles que la ley nos dejaba, los muebles indispensables para la vida, han emprendido con nosotros el camino del destierro.

Ahora habitamos en una casa de una larga calle obrera, de cuartos uniformes y uniformemente sucios, un número de una larga serie que en nada se distingue de otros números. Es una casa anónima, sin sello característico, sin aspecto particular. Desde el primer día le he tomado un grande horror.

Durante todo el día, he estado en el taller febril y distraído, pero mi principal no me ha dicho una palabra. Comprendía mi estado y se compadecía de mi pena.

Cuando al medio día he ido a comer, mi madre andaba trajinando, poniendo las cosas aquí y allí, donde nos hicieran mejor papel, y aprovechando el espacio, porque si la casa es mala, tiene además el defecto de ser pequeña; pequeña para nosotros, que somos tanta familia.

Yo no hacía más que ir de una parte a otra. En ninguna me encontraba bien. Parecíame que el techo se iba a hundir, que se venía abajo y me aplastaba. No había aire bastante para respirar.

Las ventanas daban a un patio interior, con largas cuerdas de ropa tendida a secar. ¡Qué de menos se echaban las bellas perspectivas de la otra casa!

A mis hermanitos no les causaba tanta novedad. Papá y mamá parecían resignados. Yo me



Casa de vecindad.

fuí luego al taller, ávido de salir a la calle, de respirar el aire, de ver el sol.

Cuando a la tarde, concluída la tarea, dejé el taller quise subir a la colina en que estaba asentada la linda casita donde yo nací, y donde habíamos vivido.

Tímidamente fuí acercándome hasta el pequeño jardín. Era de noche. Las personas que por allí pasaban no se fijaban apenas en mí. Cobré ánimos y me acerqué a la empalizada exterior de la carretera. Miraba la casa atentamente, sin osar acercarme, como si fuera un desterrado. Y efec-

tivamente, ya no tenía derecho para franquear el umbral de aquella casa, de aquella casa tan querida.

¡ Ah!—pensé—, ¡ cuántas veces, otro tiempo, vi yo desde la ventana o del jardín pararse los caminantes en este sitio para contemplar nuestra alegre casita, que era entonces la casa de la dicha.

Los nuevos inquilinos comenzaban apenas a instalarse. Todavía no habían tenido tiempo de poner visillos en los cristales de las ventanas. La lámpara del comedor estaba encendida en el lugar donde nosotros la teníamos de ordinario.

A través de los cristales se veía una mujer joven, ocupada en arreglar los muebles. Su marido le ayudaba. Reían y bromeaban alegremente. No había duda: eran recién casados y se querían mucho.

La felicidad que parecían disfrutar me hacía daño. ¡ Qué fácil se suceden en el mundo la ventura y la desgracia! Ellos son ahora dichosos, como nosotros al principio: ven el cielo con los rosados tintes de la aurora. Que el enemigo traidor que a nosotros nos ha arruinado no se meta nunca entre ellos.

Así—pensaba yo—, así deberían estar papá y mamá cuando, hace diez y seis años, vinieron a esta casa. La vida les ofrecía también las más bellas promesas. El porvenir se abría delante de ellos con hermosos caminos bordeados de flores. ¡ Y ahora!...

Yo suspiraba tristemente: «¡ Mi pobre padre! ¡ Mi querida mamá!»

No sé cuánto tiempo estaría allí, agarrado a la empalizada, llorando, con sobresaltos convulsivos, como los tienen los niños, lamentando amargamente mi desgracia, que en aquel instante consi-

deraba infinita, cuando sentí que me tocaban en la espalda.

Me volví: era mi padre.

También él, como yo, había querido venir a ver



Visitamos la antigua casa.

una vez más la casa donde había amado, donde habían nacido sus hijos, donde había sido tan dichoso. También él lloraba lágrimas amargas.

—¡Vámonos ya, Pepito!—me dijo—; ¡vámonos!

Y nos perdimos en las sombras de la noche.

El desaliento y la miseria.

4 de enero.

Hace mucho tiempo que no he puesto mano en mi libro de memorias. ¡Son tan tristes las cosas que había de referir! Hoy quiero hacerlo para desahogar mi corazón.

Realmente estos dos últimos años han sido los más tristes de mi vida. Mi padre sin corregirse, nuestros recursos siempre escasos... Por otra parte, mis hermanitos, uno tras otro, iban saliendo de la infancia para entrar en la adolescencia. Ya no se les podía confundir en un solo nombre: «los pequeños». Poco a poco iban adquiriendo personalidad propia.

Luisa era una muchacha desarrolladota y viva. Ella era la que había reemplazado a Manuela en el gobierno de la casa y la que ayudaba a mamá, haciendo de segunda ama.

Germán y Rafael habían crecido, y eran dos escolares un poco desaplicados y negligentes. Habían crecido muy de prisa, y se habían estacionado, como los geráneos anémicos de las ventanas que se extienden en largos sarmientos y se quedan sin florecer, faltos de tierra y privados acaso de aire y luz.

Tenían necesidad de fuerzas; estaban en la edad del crecimiento, edad siempre peligrosa, y más aún cuando la alimentación es corta y mala. Por eso yo me esforzaba en trabajar, yo, que era el mayor de los hermanos y tenía más obligación. Había que alimentarlos mejor para dar a su ju-

ventud ávida el suplemento de fuerzas que reclamaba imperiosamente.

Mi padre no parecía preocuparse por nada. Si alguna vez se inquietaba era por un remordimiento pasajero e infecundo. La hora del desaliento irremediable había llegado. Se dejaba llevar por la corriente, era su sino.

Este desaliento nos parecía a todos natural. Era una consecuencia del medio en que vivíamos. En la triste casa que habitábamos ahora, la satisfacción y alegría de otras veces no se hubieran podido aclimatar. Una mano invisible parecía pesar sobre nosotros como losa de plomo, amortiguando todo noble anhelo, entorpeciendo toda voluntad de resistencias, oprimiendo toda energía. ¡Oh, cómo influye la tristeza de la casa en la tristeza de las almas!

Los meses se sucedían, y se sucedían las estaciones, sin ventaja alguna para nosotros.

Lo mismo que en los meses de frío y nieve, en los de las gayas flores y maduros frutos, nuestro hogar permanecía frío y triste.

No se osaba hablar de la dicha de otros tiempos. Una simple alusión a nuestra casita antigua nos hacía mal...

Mi desgraciado padre, ya lo he dicho, tenía una llaga en el corazón. Bebía para consolarse, para hallar en ese estado de media embriaguez, de que él apenas salía, el olvido de sus penas y pesares. Nunca le faltaban pretextos para beber. Bebía por la mañana para hacer boca, bebía después como aperitivo, bebía por la noche para recompensar las tareas del día; bebía el domingo porque era domingo, y el lunes porque el lunes es una prolongación natural del domingo, y necesitaba un suplemento de descanso que le parecía tan natural al desgraciado. Nosotros, habituados a verle así.

nos resignábamos a sufrirlo, sobrellevando del mejor modo tanta desgracia.

La bebida le había hecho melancólico. No reía nunca. Sabía muy bien que el alcohol minaba su salud, que destruía su organismo, que se suicidaba lentamente; pero no por eso dejaba de beber.

Algunas veces, en momentos de mal humor, exclamaba el infeliz:

—Pienso que esto no durará mucho. Me siento mal.

Y lloraba como un niño.



*Resolución suprema.**15 de enero.*

Debo a mi padre sumisión, consideraciones y respetos ; le quiero entrañablemente. Pero no quiero menos a mi madre, que llora sin consuelo, y a mis hermanitos, que piden llorando pan, y no siempre hay pan para dárselo.

¡ Esto es horrible ! Hay que afrontar la situación, y afrontarla pronto. Soy el hermano mayor, y cuando mi padre no puede dirigir la casa, soy el responsable de lo que suceda ; debo hacer veces de padre.

Mas ¿ qué hago ? ¿ Qué resolución tomo ? ¿ Cómo proporcione a mamá veinte pesetas mensuales que nos faltan para cubrir los gastos de la casa, aun con el trato más frugal ? ¿ Cómo me planto delante de mi padre y le digo que no beba más, sabiendo que quitarle el beber es quitarle la vida ?

Escribiría a mi tía. Pero esa idea ya la hemos desechado. No conviene molestarla. Está enferma, y el menor disgusto podría traerle consecuencias fatales.

Mas ¿ por qué no simular una carta que le escribe a papá recordándole sus promesas, preguntándole por sus firmes propósitos, echándole en cara el abandono en que tiene a su mujer y a sus hijos ? Esto pienso que daría resultado. Cuesta poco, y debíamos probar. Casi me atrevería a redactar la carta. Vendría a decir así :

« Querido Juan : Personas que llegan de la ciudad me refieren cosas de ti que me cuesta mu-

cho trabajo creer. Me ves impedida, sabes no he de ir a verte y echarte en cara el olvido de la solemne promesa que me hiciste de no beber, y te burlas de mí.

Se que has vuelto a caer en el vicio de la bebida, que la firmeza de tus propósitos no ha resistido los suaves halagos de tus antiguos camaradas, y que por sostener tu pasión tienes casi abandonados a tu mujer y a tus hijos.

Por la memoria de nuestro amado padre, por el amor que siempre has profesado a tu hermana, te ruego, querido Juan, que te enmiendes, que te abstengas de beber, que te sobrepongas al vicio, que mires por tu dignidad y que seas hombre. No quieras que tu mujer y tus hijos se avergüen en de ti; no echés sobre tu apellido un borrón infame. No hagas tú, que tanto me has querido, que mis días se abrevien, y que baje al sepulcro con el pesar de tener un hermano tan débil, tan desgraciado.

No me escribas, no quiero saber de ti mientras no puedas decirme que has triunfado, que has vencido tu pasión, que eres, como lo eras antes, un hombre digno, un marido ejemplar, un padre honrado.—*Tu hermana.*»

Pero esto, ¿quién lo escribe? ¿Cómo lo hago llegar a sus manos? ¿Quién le dirá que esa carta es efectivamente de mi tía, no viniendo de su propia letra?

No, no debo recurrir a este medio. Sería, además, faltar a la verdad, y no es lícito mentir en ningún caso. Antes que eso, preferible es revestirme de valor y decírselo en su cara.

.....

Hasta aquí llevo escrito cuando anoche me acosté, buscando en el sueño algún descanso. ¡Va-

na ilusión! El insomnio me ha desvelado, atormentándome con horribles pesadillas y continuos sobresaltos.

Veía yo a mi padre, devorado por la sed, llegar a la taberna y beber en la copa de aguardiente las lágrimas de mi madre, la salud y la vida de mis pobres hermanitos; le veía cómo, de sano y vigoroso, se convertía en enfermo y valetudinario; de fino y amable, en grosero y provocativo; de bueno, en perverso; de inteligente, en estúpido.

En vano quería apartar de él mis ojos. La imaginación me lo representaba en la taberna, bajo densas nubes de humo de cigarro, perorando entre sus compañeros acerca de la explotación de las clases trabajadoras, de lo necesario de las huelgas, de las injusticias que entraña la cuestión social.

Le veía agitarse, pedir dinero para beber a cuenta de lo que había de cobrar. Y como a todos tenía cansados, se iba a buscar recursos en el juego, metiéndose en los «garitos» y encanallándose como cualquier truhán.

Soñaba, en fin, que una noche, al retirarme del taller, un embozado me salía al encuentro, amenazándome con la muerte si no le entregaba mi dinero. Le hice frente, me abalancé a él, y al arrancarle el antifaz con que cubría el rostro..., reconocí a mi padre.

La impresión que he experimentado me ha hecho despertar. Sé que todo ello ha sido un sueño; mas aun sabiéndolo, siento una angustia que me ahoga, siento una pena que me mata... Así no se puede vivir.

Los vicios, como las cerezas, se enredan unos con otros. El que bebe pronto blasfema y juega; el que juega cerca está de ser ladrón.

Hay que evitar que mi padre rueda al fondo del

abismo por la pendiente del vicio. Le réimos y celebramos los primeros excesos en la bebida, y se ha hecho un empedernido bebedor. Es menester



... me abalancé a él.

que no pase de ahí; tenemos que ayudarle, tenemos que salvarlo.

¡Y lo salvaremos!

Aunque me cueste luchar a brazo partido con él y con su pasión, yo tomo la empresa a pechos. Yo salvaré a mi padre.

*Mi padre deja de beber**9 de febrero.*

Desde que supe que habían venido a buscar a papá sus camaradas de la fábrica me temí lo sucedido. Ellos son los que le tuercen, los que le soliviantan, los que le llevan por caminos de perdición.

Con ellos se fué a La Concordia, le convidaron a beber, y cuando hubo bebido algunas copas le hicieron hablar. Ya he dicho en otra ocasión que mi papá habla bien, que tiene arranques de orador, y eso le pierde.

Los periódicos que daban cuenta de la reunión celebrada por los metalúrgicos lo decían bien claramente: «La elocuencia del compañero Velázquez decidió la cuestión y se aclamó la huelga.»

El resultado para mi padre no se hizo esperar: al día siguiente por la mañana lo llamaron al despacho del director, le dieron la cuenta y lo pusieron en la calle.

A él, que pedía la huelga, le han hecho holgar forzosamente.

Yo bien comprendo que está indignado todavía porque le despidieron de la fábrica. Tal vez pensaba que después de la huelga lo iban a volver a llamar; pero no ha hecho más que quedar nuevamente despedido y empeorar nuestra situación. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

El caso era grave. Ya no valía el conformarse, como en otras ocasiones; sentirlo mucho y es-

perar. El hambre no tiene espera, y se avecinaba por instantes.

Confieso que lloré amargamente, que pasaron por mi imaginación los pensamientos más tétricos y desesperados, y sin el consuelo de mi madre pienso que hubiera enloquecido. Se me ocurrió una idea.

La casa de Pastor Hermanos, que está enfrente de mi taller, necesitaba un escribiente para hacer una propaganda en grande escala por América. Había que escribir muchos millares de sobres. Se pagaban poco; pero en aquellas circunstancias no había que mirar el cuánto. Tenía la ventaja, además, de que el trabajo podía hacerse en casa y a cualquiera hora.

Pedí el trabajo, y se me concedió en seguida. Ya tenía decorosa ocupación para mi padre.

Me propuse otra cosa: hacerme dueño de la situación, imponerme a mi padre, que no tenía ya voluntad propia, y dirigir la casa. Así, cuando me trajeron los sobres y los libros de donde habían de tomarse las direcciones me revestí de valor, y haciendo esfuerzos supremos, entre severo y cariñoso, hablé a mi padre así:

—Ya ves, papá, la triste situación en que nos hallamos. Tú no encuentras acomodo, no puedes trabajar, porque poco a poco te has hecho esclavo de una pasión degradante y avasalladora que no te deja ni libertad ni sosiego. Ya sé que, contra tu voluntad, te has dejado dominar; que a todos nos cabe alguna culpa por no haber hecho frente al enemigo en los principios, cuando fácilmente se le pudo sofocar. Pero aquello... ya pasó.

Lo que ahora es menester es atajar el mal y corregirlo. Antes hubiera bastado un leve esfuerzo; hoy, el enemigo se ha entronizado de tal modo, que necesitamos emplear trabajos sobrehumanos.

Pero no es invencible. Unamos los esfuerzos de todos: sobrepongámonos a las circunstancias y no nos entreguemos a la desesperación, que sería la muerte.

Mi padre baja la cabeza como a un niño a quien se le riñe; mi madre se enjugaba las lágrimas en



silencio. Yo me crecí, viéndolos sin chistar, y continué:

—No eres tú el culpable, papá, sino los malos amigos que te han llevado por caminos de perdición. Yo te he visto muchas veces reconocer la falta, arrepentirte de ella y hacer firmes propósitos de abstenerte de la bebida. Yo te he visto resistirte, dominarte días y días, hasta que los malos amigos te han atraído y arrastrado. ¡Ah! si te hubie-

ras conformado con beber en casa y hacer vida de familia seguro estoy de que no se hubiera turbado un solo instante tu tranquilidad y nuestra dicha.

Pero el mal está hecho. Y pues lo pasado no tiene remedio, esforcémonos en procurar la corrección para lo porvenir. ¿Quieres que lo intentemos de nuevo? ¿Quieres someterte a un plan?

—¡Dime lo que quieres, y acaba pronto!

—No te enojas conmigo, papá, porque al hablarte así no sabes la violencia que me hago, no sabes a qué cruel tortura obligo a mi corazón.

—¡Habla!

—Desde mañana quisiera que te ocuparas en escribir sobres de propaganda para la casa de Pastor Hermanos durante las horas que yo permanezca en el taller.

—¿Y después?

—Después..., en vez de irte a la ciudad en busca de tus amigos para pasar horas enteras en el café, saldrás de paseo con tus hijos. Ya verás; iremos tú y yo, Rafael y Germán, camino arriba, hacia la montaña. Allí respiraremos el aire puro y embalsamado de los pinares, que vigoriza y conforta. Y cuando después regresemos a casa, con el apetito que habrán excitado el ejercicio y el airecillo del campo, cenaremos en santa paz la cena apetitosa que mamá sabrá tenernos preparada.

De sobremesa, cogeré yo los sobres y la pluma, tú me irás dictando poco a poco y verás como suben sendos montones de sobres escritos que representarán la comida del mañana, hasta que rendidos los dos vayamos a dormir. Creo que podremos ganar dos o tres pesetas diarias. Este es el plan que te propongo. ¿Te atreverás a seguirlo?

—Hijo mío, dijo mi padre levantándose. Desde hoy me someto enteramente a tus designios. Admiro tu discreción y prudencia y reconozco que

mi salvación está en tus manos. ¡Abrázame fuertemente!

Y tú también, dijo dirigiéndose a mi mamá, que estaba sobrecogida y en silencio. Y los tres nos confundimos en un estrecho abrazo que nos hizo derramar lágrimas de gozo.

Yo me retiré para irme a mi cuarto. Mis padres se quedaron allí abrazados como si no se dieran cuenta de lo que sucedía.

Quince días llevamos ya con esta vida apacible y ordenada, y mi padre persevera con una firmeza sin igual. Hasta parece que ha engordado.

Ayer cobramos la primera partida de sobres, que importó treinta pesetas, y pudimos darnos el placer de comer para principio un cuarto de cordero asado. ¡Cuánto tiempo hacía que no habíamos disfrutado contento semejante!

¡Ah! si mi padre continuara así, aún podíamos volver a disfrutar aquellos tiempos pasados en los que con nosotros convivió la dicha.



*La muerte de mi padre.**15 de marzo.*

En uno de esos días traidores de marzo en que los tibios rayos de un sol espléndido nos hacen creer que estamos en primavera, pero que el soplo helado del cierzo nos hace comprender, volviéndonos a la realidad, que no hemos salido del invierno, mi padre se enfrió.

Ni él ni nosotros nos explicamos cómo fué. Sentía mucho malestar y se acostó. En seguida se declaró la fiebre. Desde el primer instante vió él claramente su estado y nos hizo llamar al médico. Parece que él oyó esa voz misteriosa que habla algunas veces a los hombres para decirles que su fin está próximo, que sus días están contados.

El médico, indeciso al principio, no tardó en decirnos que había indicios de una doble pneumonía, y que el caso era grave, sin ser desesperado.

Días verdaderamente terribles pasamos durante la enfermedad. El médico venía mañana y tarde. Nosotros le esperábamos con ansia. Cuando venía y examinaba el curso de la dolencia seguíamos con la mayor atención en los gestos de su cara la índole de las impresiones que recibía. El dibujo de una sonrisa nos hacía concebir esperanzas lisonjeras; el fruncir del entrecejo nos torturaba el corazón.

Mi padre, por otra parte, no tenía fuerza suficiente para resistir tan rudo asalto. Debilitada su naturaleza por otro enemigo traidor, por el al-

cohol, que le tenía arruinado, debimos temer bien pronto un fatal desenlace.

Sin embargo, nos cogió muy de sorpresa y recibimos terrible golpe cuando el médico nos dijo que la enfermedad no tenía remedio y que avisáramos inmediatamente a un sacerdote. Yo mismo fui a la parroquia y en aquella tarde se le administraron los sacramentos.

No he de narrar con detalles las dolorosas y últimas horas que precedieron a la muerte de mi querido padre. Cada uno las ha sufrido o las sufrirá en la vida. Son dolores comunes, a los cuales nadie puede sustraerse, y son tan amargos que vale más no pensar en ellos.

Cuando el fin fué inminente mi padre recobró la lucidez de sus mejores tiempos, y se nos ofreció bueno, dulce, infinitamente afectuoso. La proximidad de la muerte parece que magnifica las almas, como los últimos rayos del sol poniente doran, espléndidos, los objetos que van luego a desaparecer en la obscuridad de la noche.

Llegó la hora de la despedida suprema. Nos hizo venir a todos y rodear su lecho. El sentía grande opresión y hablaba difícilmente. Mamá, Manuela y Luisa derramaban ardientes lágrimas en silencio. Germán y Rafael suspiraban ruidosamente. Paquito lloraba.

Nuestro padre nos pidió tuviéramos valor para que a él se lo infundiéramos. Nos calmamos un tanto, y nos hizo sus últimas recomendaciones. Nos rogó ahincadamente que no nos apartáramos de mamá, que la amáramos mucho, que la obedeciéramos en todas las cosas. Lamentó la ausencia de su hermana, de nuestra tía Catalina, que él hubiera querido ver antes de morir. Nos encargó de llevarle su último adiós, de decirle que había

pensado en ella, en el momento de partir para la eternidad.

Nos hizo en seguida prometer que nos amaríamos mucho, de todo corazón, los unos a los otros; que no afligiríamos nunca a mamá con el espectáculo de nuestras divisiones. Y acabó pidiendo



... nos hizo jurar.

perdón a mamá y a nosotros de haber comprometido nuestro porvenir, de habernos hecho desgraciados y pobres para siempre por su falta...

Nos hizo jurar de no sucumbir jamás ante la pasión que había hecho desgraciada su vida y la nuestra, para lo que basta resistir en los principios, y como si quisiera sellar más fuertemente

su juramento, nos hizo arrodillar para darnos su bendición.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Mamá se esforzaba en calmarle, prodigándole palabras de esperanza y de consuelo. Le animaba, le fortalecía ; le decía que jamás ni ella ni nosotros habíamos cesado de amarle con todo nuestro corazón. Papá asentía con los ojos ; pero no podía hablar. Poco después empezó el estertor de la agonía.

Mi padre vivió aun la noche que siguió a esta escena suprema. El último suspiro lo exhaló a la mañana siguiente, ya bien amanecido.

Era una de esas mañanas primaverales de claro sol que convidan a la alegría, que parecen llenas de vida y de placer. Los rayos del sol, penetrando hasta la cama funeraria, acariciaban la fría cabeza de mi padre y daban a su faz la severa majestad de la muerte... R. I. P.



No hay mal que cien años dure.

Los primeros días de la muerte de papá los pasé en un estado de ensimismamiento, que me hacía parecer casi insensato. Un estupor extraño paralizaba mi cerebro. Me movía como un autó-mata: vivía maquinalmente.

Yo vi como en un sueño el hoyo donde iba papá a ser enterrado, oí los cantos fúnebres de los sacerdotes, vi las ceremonias de la iglesia. Y cuando el féretro descendió a la fosa cogí un poco de tierra la besé y la eché con uavidad. Más bárbaros los enterradores, empezaron a arrojar pale-tadas sobre el ataúd, y aquel ruido me trastor-nó... Alguien me separó a la fuerza de aquel lu-gar y me condujo a casa.

Los pobres no pueden consagrar largo tiempo a su dolor. La cuestión del pan nos preocupaba más que nunca. Pasados tres días retorné al taller.

Mi principal estaba satisfecho de mi compor-tamiento. Lo había mostrado subiéndome el sa-lario a veinte pesetas, y a la muerte de mi pobre padre me asignó veinticinco. Entre Manuela y yo le hacíamos a mamá diez duros mensuales.

Entonces, la tía Catalina, que sin conocer per-fectamente nuestra situación, adivinaba que está-bamos en gran penuria, escribió a mamá rogán-dole le confiara a Luisa. Ella la tomaría como ayudante de la tienda y la cuidaría como a una hija. La tía estaba ya cansada de cuidados merce-

narios, y la prosperidad del comercio, por otra parte, exigía aumento de personal.

Nuestra buena tía nos decía que ella, sin duda, no viviría mucho, y convenía que alguno de nosotros se fuera poniendo al corriente para proseguir los negocios.

Luisa tendría a su lado una madre, y le ofrecía, además de la casa y la comida, un sueldo inicial de veinte pesetas.

Mamá vió el cielo abierto cuando leyó esta proposición de nuestra querida tía, quien, además, prometía venir en nuestra ayuda si fuera necesario.

Mamá lloraba de gozo.

La tía Catalina pensaba que en los últimos tiempos papá se había corregido gracias a su intervención. Nosotros evitamos siempre disgustarla.

Por nada del mundo hubiera consentido mamá que supiera el extremo a que habíamos llegado, y en este sentido aleccionó bien a Luisa antes de su partida.

Teníamos, después del alquiler de nuestra pobre casa descontado, unas sesenta pesetas mensuales para comer. Suma pequeña al parecer ; pero que después de las estrecheces pasadas nos parecía un capital, un gran tesoro.

Como si ello no fuera bastante, mamá quiso colaborar en nuestra obra de redención. A pesar de sus cuarenta y cinco años, comenzó un duro aprendizaje. Alquiló una máquina de hacer calceña y ganaba sobre cinco duros al mes.

Pronto empezamos a hacer algunos ahorros, que los íbamos depositando en la caja de previsión.

Así pasamos un año entero, cuando, de pronto, una carta de Luisa nos avisó que la tía Catalina había muerto repentinamente. Este suceso cambió nuestra existencia.

Un mes después de la muerte de nuestra tía habíamos todos en su casa, adonde nos habíamos trasladado. Manuela se vino con nosotros y se encargó de la dirección de la tienda con Luisa.

Había yo hecho mi aprendizaje de carpintero. Seguí con fruto algunos cursos en una escuela profesional, y después aprendí lo que siempre ambicioné, la ebanistería.

Germán y Rafael habían crecido, se habían formalizado y se preparaban para entrar en un aprendizaje. Paquito, el más pequeño, era un escolar muy aplicado y pundonoroso.

El comercio marchaba bien. Luisa estaba al corriente de todo, porque había pasado un año al lado de la tía. Sus pocos años exigían algunos consejos; pero allí estaba mamá para dárselos. Manuela atendía solícita a todo y se imponía en los menores detalles.

En cuanto a mamá, parecía rejuvenecer. La tristeza velaba siempre sus ojos, pues no cesaba de suspirar por su muerto. Mas la vida le era dulce ahora, después de los años pasados en la pobreza. Y daba gracias al cielo viendo asegurado el porvenir de sus hijos.

La dicha volvió a habitar con nosotros...



EPILOGO

Las memorias que anteceden han venido a mis manos por casualidad, cuando buscaba otros papeles. Las he querido hojear antes de echarlas al fuego, y me han interesado vivamente. En mi corazón se ha despertado un mundo entero de recuerdos.

Quiero respetarlas por ahora, y aun voy a añadirles unas cuartillas más que las completen. ¿Quién sabe si algún día no servirán de lenitivo a mis pesares, de consuelo a mis melancolías?

Pues bien. Quince años hace que, por la muerte de mi tía Catalina, vinimos a este pueblo. En quince años, ¿quién duda de que las cosas no han cambiado por completo? Veamos:

Yo hace dos años que me he casado. Soy padre de un hermoso niño, a quien puse por nombre Juan, en memoria de su abuelo. Luisa se ha casado también hace algunos meses con un buen amigo mío, compañero de taller. Germán y Rafael no tardarán en tomar estado. Francisco no piensa en ello todavía: sólo le interesan los libros.

En cuanto a Manuela, parece que ha heredado, juntamente con el comercio de la tía, su vocación y carácter. Se acerca a los treinta años, y es muy probable que no se case. Al menos no le han faltado proporciones. Algunas veces bromeamos, y le preguntamos si se va a quedar para vestir imágenes. Ella nos dice que es muy dichosa de vivir en compañía de mamá.

Mamá es la más respetada y venturosa de las

madres. Todos le profesamos muy entrañable cariño. Yo no dejo un día de ir a verla y abrazarla.

Los domingos por las tardes nos reunimos todos, sea en casa de mamá, sean en la mía o en la de Luisa. Así pasamos horas dichas de alegría, de ternura, de intimidad familiar.

Yo habito una casa que he hecho construir en



...soy padre de un hermoso niño.

las afueras del pueblo, enteramente a mi gusto, gracias a los ahorros que he podido hacer en los pasados años y al capital que me ha proporcionado un Banco de crédito.

Si las cosas siguen como hasta aquí, dentro de dos años la casa será mía, y estaré hecho un señor propietario.

Me he hecho inscribir en una Sociedad de seguros contra las enfermedades. También me he ins-

crito en el Instituto Nacional de Previsión, para disfrutar una pensión vitalicia en la vejez.

Los gastos diversos que me he impuesto no me han privado de las necesarias distracciones, ni de adquirir todas las herramientas necesarias en un buen taller de ebanistería. Es más, a pesar de la cuota mensual que pago al Banco de Crédito para ser pronto dueño de mi casa, ya he abierto en la Caja de Ahorros una cuenta a nombre de mi Juanito.

¿Explicación de este milagro? Se adivina fácilmente. Yo no he entrado nunca en una taberna; no juego, no fumo. Tengo dentro de mi casa, con mi mujer y mi Juanito, la plenitud de la dicha.

Ahora mismo, al acabar de escribir estas líneas, suena en mi despacho el reloj, el antiguo reloj, rescatado gracias a la generosidad de aquel hombre benéfico que se llamó Acevedo. Cerca de mí se ocupa mi mujer hacendosa en una obra de costura. En medio de los dos, acostado en su cuna, duerme plácidamente nuestro Juanito.

Nuestros pensamientos, sin duda, se encuentran en el espacio, como algunas veces se juntan nuestras miradas. Si el niño se mueve, mi mujer y yo nos acercamos a la cuna, complaciéndonos en mirarle. En mi interior prometo no beber, no jugar, no hacer nada que pueda comprometer la dicha de mis dos cariños. Y apretando las manos de mi mujer entre las mías sello con un beso de amor la solemne promesa.

Después nos abrazamos por encima de la cuna...



INDICE

	<u>Págs.</u>
Advertencia preliminar... ..	5
Por vía de prólogo... ..	7
I.—El primer día de clase... ..	11
II.—Una asamblea de niños... ..	15
III.—Mi casa natal... ..	19
IV.—Mi familia... ..	22
V.—Mi padre... ..	25
VI.—Mi mamá... ..	28
VII.—El enemigo se presenta... ..	30
VIII.—Papá se retarda por primera vez... ..	32
IX.—Mamá me lo explica todo... ..	35
X.—El enemigo avanza... ..	39
XI.—Una historieta interesante... ..	43
XII.—Mi familia viene a menos... ..	46
XIII.—La visita de tía Catalina... ..	48
XIV.—Los efectos de una visita... ..	54
XV.—La lección para mañana... ..	57
XVI.—He cumplido con mi deber... ..	60
XVII.—La previsión y el ahorro... ..	65
XVIII.—Desgracia tremenda... ..	67

XIX.—Seré aprendiz de carpintero... ..	73
XX.—Mi padre no encuentra trabajo... ..	77
XXI.—El plazo vence mañana... ..	80
XXII.—Nuestros bienes a pública subasta... ..	84
XXIII.—En un cuarto de vecindad... ..	90
XXIV.—El desaliento y la miseria... ..	94
XXV.—Resolución suprema... ..	97
XXVI.—Mi padre deja de beber... ..	101
XXVII.—La muerte de mi padre... ..	106
XXVIII.—No hay mal que cien años dure... ..	110
XXIX.—Epílogo... ..	113



PUBLICACIONES

— DE —

El Magisterio Español

Doctrina Cristiana e Historia Sagrada (primer grado), por D. Ezequiel Solana: 32 páginas. Ejemplar, 30 céntimos; docena, pesetas... .. 3,00

Entresacadas de los Catecismos de los Padres Astete, Ripalda y Fleury, dispuestas con un método rigurosamente pedagógico.

Historia Sagrada (segundo grado), por D. Ezequiel Solana: 64 páginas. Ejemplar, 60 céntimos; docena, pesetas... .. 6,00

Texto sencillo, exposición clara y amena, con ejercicios de ampliación y lectura. Ilustrado con muchos grabados.

Cartilla de Lectura y Escritura (primer grado), por D. Ezequiel Solana: 16 páginas. Ejemplar, 10 céntimos; docena, pesetas.... .. 0,75

Método simultáneo de Lectura, Escritura y Gra-

mática, dispuesto con verdadera originalidad para el rápido aprendizaje de la lectura y la escritura.

Silabario Catón de Lectura y Escritura (primer grado), por don Ezequiel Solana: 32 páginas. Ejemplar, 20 céntimos; docena, pesetas... .. **1,80**

Continuación de la Cartilla, dispuesto para alcanzar facilidad en la Lectura y Escritura corrientes. Ejercicios de conversación y lecciones de cosas.

Primeras Lecturas, por D. Ezequiel Solana y D. Victoriano F. Ascarza: 160 páginas. Obra propia para iniciar a los niños en la Lectura. Ejemplar, 1 peseta; docena, pesetas... .. **9,60**

Pudiera muy bien titularse el «Libro único», pues contiene lo más sustancial de todas las materias escolares, con tipos gruesos de muchísima variedad. Es el libro más adecuado para las Escuelas de párvulos y el grado preparatorio de las elementales en ambos sexos.

Lecturas infantiles (primer libro de lectura corriente), por D. Ezequiel Solana: 114 páginas. Sólidamente encartonado. Ejemplar, 0,75 pesetas; docena, pesetas. ... **7,20**

Este libro contiene cuentecitos, máximas morales, anécdotas, conocimientos útiles, etc.; está redactado en estilo ameno y sencillísimo. Cada página contiene texto, máximas o consejos morales,

conversación y muestra de escritura, con profusión de artísticos grabados.

Lecturas de Oro, por D. Ezequiel Solana: 258 páginas. Sólidamente encartonado. Ejemplar, 1 peseta; docena, pesetas... .. **9,60**

Contiene historietas, fábulas, anécdotas, máximas morales, etc. Cada composición va seguida de una conversación en que se resume lo leído, se fijan las ideas y se obliga al niño a discurrir. Es un libro recomendable por su amenidad, por su fondo moral, por el interés que despierta en los niños, por su disposición pedagógica. Ilustrado con profusión de artísticos grabados.

Alboradas (ramillete de poesías), por D. Ezequiel Solana: 156 páginas. Sólidamente encartonado. Ejemplar, 1 peseta; docena, pesetas... .. **9,60**

Contiene cerca de cien composiciones en verso, con extraordinaria variedad de metros para ejercitar a los niños y niñas en la lectura. Los asuntos, variadísimos y escogidos con singular esmero, son morales, amenos, y cautivan la imaginación infantil. Este libro es uno de los más recomendados para la lectura de verso.

Recitaciones escolares, por D. Ezequiel Solana: 291 páginas. Ejemplar, 1,25 pesetas; docena, pesetas... .. **12,00**

Este libro es una recopilación de trozos seleccionados de los principales escritores; hay trozos en prosa y en verso, con la mayor variedad de me-

tros. Está dividido en siete secciones, que tratan, respectivamente, de la familia, de la Escuela, la patria, la humanidad, el arte, la naturaleza y Dios; contiene 150 composiciones distintas, todas elegidas de los más variados géneros; va ilustrado con los retratos y biografías de los autores.

Cervantes educador, por D. Ezequiel Solana: 126 páginas. Ejemplar, 75 céntimos; docena, pesetas... .. 7,20

En este libro se recopilan trozos de gran amenidad de las mejores obras de Cervantes. Va dispuesto en forma de Diccionario, pues sus páginas son todas ellas una sucesión de conceptos morales, tal como los imaginaba el inmortal autor.

Las Memorias de Pepito, por don Ezequiel Solana: 118 páginas. Son las cuartillas escritas por un joven escolar y corregidas por su Maestro. Ejemplar, 1 peseta; docena, pesetas... .. 9,60

Tiene este libro la forma atrayente de una novela, con un interés que crece a medida que se avanza en la lectura y con un desenlace natural y sorprendente. El objeto de este libro es combatir el abuso de las bebidas alcohólicas, y contiene multitud de ejercicios prácticos.

Victoria (libro de lectura para niñas), por doña María del Pilar Oñate: 128 páginas, con numerosos grabados. Ejemplar, 75 céntimos; docena, pesetas... .. 7,20

Es **Victoria** un libro que no debe faltar en ninguna Escuela de niñas, por su amenidad e interés. Puede decirse, que este libro es «Corazón» de Amicis, escrito para niñas. Viene, pues, a llenar un hueco, que era muy necesario completar.

Vida y Fortuna o Arte de bien vivir, por D. Ezequiel Solana: 237 páginas, profusamente ilustradas. Ejemplar, 1,25 pesetas; docena, pesetas... .. 12,00

Páginas dedicadas a los obreros, y muy especialmente a los alumnos de las Escuelas primarias y de adultos.

Trata este libro, en una forma amenísima, de asuntos de tan gran interés como la vida, el trabajo, la economía, el ahorro, la previsión, la mutualidad, la experiencia.

Reglas de Urbanidad y buenas maneras, por D. Ezequiel Solana: 140 páginas. Ejemplar, 1 peseta; docena, pesetas... .. 9,60

En este libro se trata con todo detalle de materias tan interesantes como urbanidad, aseo, vestidos, actitudes, saludos, visitas, banquetes, correspondencia, conversación, viajes, bodas, bautizos, viviendas, etc. Todos los capítulos constan de dos partes: una muy extensa, para los adultos, y otra, más breve y sencilla, para los niños. Cada capítulo tiene un vocabulario, donde se explican las palabras poco frecuentes o españolizadas.

Gramática (primer grado), con ejercicios de Lectura, Escritura y

composición, por D. Ezequiel Solana: 32 páginas. Ejemplar, 30 céntimos; docena, pesetas... .. 3,00

Es un librito donde se desarrolla el estudio de la lengua materna, conforme a los principios del Padre Girard. Teoría brevísima y multitud de ejercicios prácticos.

Gramática (segundo grado), con ejercicios de Lectura, Escritura y composición, por D. Ezequiel Solana: 96 páginas. Ejemplar, 60 céntimos; docena, pesetas... .. 6,00

Es una ampliación de las lecciones del primer grado, con multitud de ejercicios de dictado, de inventiva y de composición, con grabados.

Ortografía Castellana, por D. Ezequiel Solana: 56 páginas. Ejemplar, 60 céntimos; docena, pesetas... .. 6,00

Contiene todas las reglas de ortografía, puestas en verso para su más fácil recuerdo, y seguidas de muchísimos ejercicios prácticos, útiles, no solamente para comprender y aplicar la doctrina gramatical, sino también para ejercicios de escritura al dictado. Es un libro sencillo, ameno y eminentemente pedagógico, utilizable como libro de lectura y como texto para aprender de memoria las reglas de ortografía.

Método rápido de escritura moderna. Seis cuadernos, 21 por 15 centímetros. El ciento, pesetas... .. 4,00

Método rápido, original y práctico para ense-

ñar a escribir. Está hecho teniendo en cuenta los últimos adelantos de la Pedagogía. El niño, desde que comienza, lo hace por letras enteras y palabras. Tenemos centenares de testimonios de Maestros que han conseguido en dos meses lo que con otros métodos hubiesen requerido, lo menos, un curso entero.

Geografía (primer grado), por don Victoriano F. Ascarza: 32 páginas. Ejemplar, 30 céntimos; docena, pesetas... .. 3,00

Lecciones y preguntas breves y sencillas, que aprende el niño fácilmente; cada lección lleva su programa y cuestionario de ejercicios prácticos, que hacen la enseñanza racional y sencilla.

Geografía (segundo grado), por don Ezequiel Solana: 64 páginas. Ejemplar, 60 céntimos; docena, pesetas... .. 6,00

Es una ampliación de las lecciones del primer grado, en forma clara y sencilla, expositiva y socrática, que puede servir para ejercicios de lectura y lección de memoria.

Historia de España (primer grado), por D. Ezequiel Solana: 32 páginas. Ejemplar, 30 céntimos; docena, pesetas... .. 3,00

Contiene teoría brevísima, desarrollo de la civilización, personajes ilustres, mapas, trajes y armas. Libro de gran valor educativo.

Historia de España (segundo grado), por D. Ezequiel Solana: 68

158.
páginas. Ejemplar, 60 céntimos;
docena, pesetas... .. 6,00

En este libro se amplía el del primer grado; contiene narraciones breves, historia de la civilización, personajes ilustres, mapas, trajes, armas, etcétera; estilo sencillo, exposición hecha a conciencia hasta nuestros días; el texto más pedagógico y completo.

Derecho (primer grado), por D. Victoriano F. Ascarza: 32 páginas.
Ejemplar, 30 céntimos; docena, pesetas... .. 3,00

Libro que condensa en forma concreta, muy sucinta y muy sencilla, los conocimientos elementales de la materia. Lleva algunos grabados y trozos oportunos que pueden servir para la lectura y como medio de desenvolver el sentimiento patrio.

Derecho (segundo grado), por don Victoriano F. Ascarza: 64 páginas. Ejemplar, 60 céntimos; docena, pesetas... .. 6,00

Contiene la Constitución del Estado y los proyectos fundamentales de la ley de imprenta, de asociación, de reunión, de orden público, del sufragio, administración municipal y provincial, del Código civil, penal, etc. Todo está expuesto con suma claridad, de modo que sirva para lectura y estudio de memoria.







